10 —

ENFERMEDADES SOCIALES

Imp. y estereotipia de la casa editorial Sopena.—BARCELONA

2

Manuel Uzarte

LOS PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS

Enfermedades Sociales

POR

MANUEL UGARTE

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
CALLE DE VALENCIA, 275 Y 277

[19071
3

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PAISAJES PARISIENSES, Garnier Hermanos, editores, París.

CRÓNICAS DEL BULEVAR, Garnier Hermanos, editores, París.

LA NOVELA DE LAS HORAS Y DE LOS DÍAS, Garnier Hermanos, editores, París.

CUENTOS DE LA PAMPA, Rodríguez Serra, editor, Madrid.

VISIONES DE ESPAÑA, Sempere, editor, Valencia.

EL ARTE Y LA DEMOCRACIA, Sempere, editor, Valencia.

UNA TARDE DE OTOÑO, Garnier Hermanos, editores, París.

HMod
U264en

674835
25.3.58

INDICE

Caps. Págs.

LIBRO PRIMERO

I.—Francia, síntesis de la humanidad..... 9
II.—El porvenir de los latinos..... 14
III.—Las enfermedades sociales son comunes á todos los pueblos..... 17
IV.—De cómo se manifiestan las enfermedades sociales..... 24
V.—La costumbre..... 27
VI.—Los deseos y las posibilidades..... 29
VII.—Los pueblos sometidos á la tiranía..... 32
VIII.—La corrupción administrativa..... 36
IX.—El optimismo enfermizo..... 40
X.—Las guerras impopulares..... 44
XI.—Las causas de la derrota rusa..... 49

LIBRO SEGUNDO

I.—Iniciativa y responsabilidad..... 53
II.—El asunto Dreyfus..... 57
III.—Proceso universal..... 60
IV.—Una lucha de doctrinas..... 63
V.—Los cóncavos y los convexos..... 66
VI.—Los hombres y los partidos..... 69
VII.—Los intereses particulares..... 77
VIII.—La revolución contenida por las contrarrevoluciones... 82
IX.—Perplejidades de los jueces..... 85
X.—El miedo á la verdad..... 89

LIBRO TERCERO

I.—El tirano moderno..... 91
II.—El centralismo..... 95
III.—Autonomías regionales..... 100

LIBRO CUARTO

I.—El adelanto material..... 105
II.—Pereza de las facultades creadoras..... 107

III.—La iniciativa 110
IV.—La ausencia de «personalidad» 113
V.—Timidez material y moral 115

LIBRO QUINTO

I.—La intoxicación literaria 117
II.—Las consecuencias 121
III.—La juventud 123
IV.—La mujer 125
V.—El literatismo 129
VI.—La profilaxia 132
VII.—La belleza durable 134

LIBRO SEXTO

I.—El café-concierto 137
II.—La perversión del gusto del público 144
III.—La moral nueva 146
IV.—El peor disolvente 149
V.—La canción 151
VI.—Responsabilidades y deberes 153

LIBRO SÉPTIMO

I.—El alma española 155
II.—Tipos y escenas 160
III.—Algunos rasgos 163
IV.—Estancamiento, pereza y pesimismo 165
V.—La edad media presente en los espíritus 171
VI.—Defectos y cualidades 174

LIBRO OCTAVO

I.—Reformas en la educación 179
II.—El espíritu de la enseñanza 182
III.—Los errores 184
IV.—Una empresa de deformación moral 186
V.—Algunos puntos 189
VI.—Los viejos métodos 192
VII.—La educación futura 194
Conclusión 197
Apéndice 205

ENFERMEDADES SOCIALES

7

ENFERMEDADES SOCIALES

LIBRO PRIMERO

I

Francia, síntesis de la humanidad.

Escribir un libro sobre las enfermedades de otro país, cuando nuestra raza sufre en España y en América un eclipse tan doloroso y tan indiscutido, darnos á estudiar las causas que originan y hacen posible el decaimiento de una nación cuando podemos constatar la amarga somnolencia de la nuestra; formular críticas de conjunto y desnudar las llagas de un pueblo que, aunque amenazado y contaminado, ha sabido defenderse mejor que nosotros de todas las enfermedades sociales que describimos, sería provocar deliberadamente la sonrisa y exponernos á sabiendas á la refutación más desdeñosa.

Pero al formular estas pequeñas observaciones que, como verá el lector, exteriorizan una concepción amplia y un criterio universal que rechaza los localismos, no nos hemos particularizado con una nación y sólo hemos querido estudiar en conjunto, de una manera sucinta y sólida, algunas de las causas generales que contribuyen á detener el empuje de las colectividades y algunos de los errores ó los vicios que determinan su decadencia.

No hemos especializado, no hemos ceñido nuestro criterio en una cárcel de fronteras, no hemos abarcado el horizonte con ojos de patriota que juzga detestable en el extranjero lo que encuentra excelente en el propio país, y que sólo apunta los vicios de la región vecina para disimular los de la suya. Bien sabemos nosotros, y ya hemos tenido ocasión de declararlo en otras obras (1), cuáles son las tristes llagas que nos roen en España y en la América del Sud. Y lejos de desconocer nuestros males, los hemos desnudado con un rigor que hirió la susceptibilidad de algunos. Pero el estado desfalleciente y la pasajera amnesia de nuestros destinos que todos constatamos con melancolía en los países de lengua española del nuevo y del viejo continente, no puede ser obstáculo para que investiguemos en bloque y desentra-

(1) *Visiones de España*, Sempere y C.ª, editores.

ñemos colectivamente cuáles son las causas que dan nacimiento á esos grandes gusanos de sombra que horadan la osamenta de las naciones, desgastan el vigor de los pueblos y acaban á veces por tragarse el porvenir.

Sólo para evitar las vaguedades enojosas de lo que abarca campos inmensos y para situar las observacionos, presentándolas con un relieve mayor, hemos acumulado á menudo en una región determinada nuestras observaciones generales.

Reunir á todos los países en un mismo párrafo, sin tener en cuenta las diferencias de temperamento y los matices de situación, era condenarse á la inexactitud. Y hacer constar, cada vez que surgieran las salvedades ó agravaciones, llevar de frente todo un mundo multicolor y diverso, dar á cada cual lo suyo sin perder de vista el propósito inicial, resultaba tarea larga y penosa, muy superior al límite que nos habíamos trazado al comenzar estos estudios. Por eso hemos reducido nuestro campo de investigación á un solo país, convencidos de que en estas épocas de intercambio y de nivelación, en todos los pueblos existen, más ó menos acentuados, los gérmenes de los mismos males y de las mismas virtudes; que, al fin, la humanidad es una en su esencia y en sus resultados.

Entre las naciones que se ofrecían á nuestra

curiosidad, Francia era, naturalmente, la que reunía circunstancias más favorables. Más sensible y más vibrátil que ninguna, más abierta á todas las corrientes, habituada á ser campo de experiencias y guía de la humanidad, la nación de Enrique IV, por su equidistancia, por su equilibrio entre los pueblos que más adelante van y los que quedan rezagados, se ofrecía como ninguna para sintetizar en ella las fluctuaciones de nuestro siglo y poner al descubierto las enfermedades sociales que son comunes á toda colectividad en estos tiempos de prueba, que podríamos llamar las horcas caudinas de la historia. Francia no es ni la nación que más sufre de las enfermedades sociales que señalamos, ni la que puede considerarse menos atacada por ellas. De ahí que la designemos con más frecuencia que á las demás, sin pretender ensañarnos, obrando á la manera del novelista que escoge un tipo para mostrar en él los efectos de una pasión, pero que no entiende afirmar que ese tipo sea el único que está dominado por ella.

Lejos de abrigar alguna hostilidad contra Francia, somos sus más entusiastas admiradores, porque vemos en ella el representante más alto de nuestros grupos neo-latinos. Aplaudimos su empuje generoso, reconocemos su acción victoriosa sobre el progreso de la humanidad, aceptamos con gusto su benéfica in-

fluencia intelectual y—demócratas como somos —ponemos en ella la más cercana esperanza para iniciar los cambios radicales que removerán el alma y modificarán la situación económica de los pueblos. Por eso no se ha de ver en ciertas críticas más que el deseo de exteriorizar y hacer tangibles, con el ejemplo de un país, las desviaciones y las faltas que devoran á los pueblos todos en su vida colectiva y nacional, sin que al hacerlo pretendamos erigirnos tampoco en mentores de la prole y en jueces adustos, cuya autoridad apenas deriva de un nombramiento de favor. Quien esto escribe, sólo es un observador de buena voluntad. Cree en la misión social del escritor y apunta desinteresadamente las observaciones, sin miedo y sin jactancia, en la seguridad de cumplir con un deber elemental, del que nada podría exonerarle.

II

El porvenir de los latinos.

Desde hace algunos años, en todos los tonos, en broma ó en serio, sesuda ó superficialmente, no se habla, por decirlo así, más que del porvenir de los latinos. Los latinos han muerto, los latinos renacen, los latinos están condenados á desaparecer, el mundo pertenece á los latinos, los latinos han perdido su imperio, los latinos deben defenderse, y en, con, por, sin, sobre los latinos, no puede quedar quien ignore la cuestión en debate. Tanto y tanto, que parece que ya deberíamos saber todos á qué atenernos sobre el asunto. Pero en estas discusiones ocurre algo curiosísimo. Cuanto más aumenta el volumen de estudios y libros dedicado á aclarar el problema, mayor es la obscuridad que lo envuelve. De suerte que quizá nos valiera más ponernos de acuerdo para ensayar la meditación, que bien puede resultar al fin la mejor manera de resolverlo todo.

Acumular palabras y frases, improvisar hipótesis, trazar sobre el papel fantásticos planes de defensa, distribuir responsabilidades, designar jefes, librarse á todos los apasionamientos y á todos los idealismos, resulta tarea fácil para gente meridional, más inclinada al ensueño que á la realización, más amiga de la fantasía que de la realidad. Cuando emborronamos dos columnas, creyendo, con ingenua vanidad haber resuelto el problema, exhibimos las cualidades ó los defectos que nos son propios, afirmamos nuestras aptitudes ó inaptitudes, pero no consumamos nada en favor de nada.

En general, somos los escritores audaces constructores de ideal y buenos equilibristas de palabras; pero no somos hombres prácticos. Hacemos á menudo del conflicto un pedestal para arengar á la multitud y echárnoslas de conductores de humanidad; sacamos de él todo lo que puede ser agradable á nuestro amor propio; y en debates en que se juega la salvación común, sólo atendemos á veces á poner en evidencia efímeras susceptibilidades personales.

En Francia, sobre todo, esta cuestión del porvenir de los latinos ha dado lugar á un desborde de elocuencia y de comentarios. Aparte de dos ó tres *snobs* que han pretendido asombrar á los transeuntes haciendo el elogio de la civilización anglo-sajona, todos convienen en que los latinos tenemos el deber de defender la inte-

gridad de nuestro grupo etnológico. Pero nadie aconseja nada práctico, nadie va hasta las raíces del problema. Todos disertan, ninguno estudia. Parece que no nos diéramos cuenta de que para el caso valen más una docena de pensamientos que veinte tomos de literatura.

III

Las enfermedades sociales son comunes á todos los pueblos.

Debiéramos empezar por preguntarnos si realmente existe una raza latina y si los vicios y los yerros que advertimos en las naciones que con más ó menos razón reclaman de ese origen, no son vicios y yerros universales, que nuestro meridionalismo ha acentuado quizá, pero que se advierten en todas las naciones y no respetan las fronteras caprichosas en que algunos los quieren encerrar.

—El tradicionalismo nos mata—repiten los doctores.

Pero el tradicionalismo no es un vicio únicamente italiano, español y francés. También lo advertimos en Inglaterra cuando asistimos á las ceremonias del Lord Mayor, también lo encontramos en Alemania cuando el azar de nuestros estudios nos lleva á presenciar un duelo de estudiantes, también lo vemos en Rusia,

cuya organización social y cuyas costumbres son casi una reconstitución de la Edad Media.

—¿Qué somos imaginativos y soñadores?—¿Qué somos líricos?

Pero, ¿de dónde nos vienen casualmente en literatura los más altos lirismos, los ensueños y las imaginaciones desbordantes, sino de los países del Norte? De Noruega que nos conmueve interiormente hasta el delirio con las pesadillas geniales de sus dramaturgos, de la Alemania del *leid motiv*, y de la Inglaterra adusta, muchos de cuyos pintores del último siglo fueron los Verlaine y los Mallarmé de la paleta.

La verdad es que el bien y el mal, los vicios y las virtudes, como los perfumes y como el aire, no viven apriscados en determinadas zonas, y que las epidémias morales que desbaratan ó comprometen el porvenir de los pueblos, como las enfermedades materiales que arruinan la salud de los individuos, son cosas que están en el ambiente, que á todos alcanzan ó tienden á alcanzar, y que sólo pueden ser contenidas ó debilitadas con ayuda de una higiene que está en la mano de todos.

Cuando me hablan de la decadencia de ciertos grupos nacionales, como de una cosa local y limitada que no tiene precedentes ó simetrías en otros países, admiro la ingenuidad de los patriotas que así se expresan.

También es verdad que la culpa no es de los

que razonan de tal suerte, sino de los que les impusieron, en medio de la diversidad de un mundo movible lleno de penetraciones recíprocas, una estrecha educación nacional. Pero es lamentable que, perdidos como estamos en una humanidad que se mezcla y se confunde como las olas del mar, podamos caer aún en tan pequeñas interpretaciones que limitan nuestra visión del universo y nos asimilan á esos viajeros présbitas que, como sólo ven los primeros árboles del paisaje, resuelven que en el fondo sólo existe el vacío.

El prejuicio de las razas y de las naciones sólo es un espejismo del pasado, como lo ha probado en un reciente libro M. Jean Finot. Después de tantos vuelcos, emigraciones y conquistas, ¿es posible acaso definir los lejanos orígenes de los hombres y resolver que basta una montaña ó un río reconocido oficialmente por frontera—una montaña ó un río que ha pertenecido alternativamente á unos ó á otros en esos incesantes vaivenes y remolinos de pueblos que se pierden en las tinieblas de la historia—para que los sentimientos cambien, para que las corrientes intelectuales se detengan, para que los sentidos mismos interpreten de otro modo la forma, el peso y el color de las cosas. ?

Los que han viajado un poco y han visto á los pueblos devorados en todos los lugares de

la tierra—con mayor ó menor intensidad pero con igual disciplina—por los mismos fanatismos, los mismos sentimientos y las mismas cóleras torpes de ciego que no alcanza á ver el brazo que le hiere; los que han encontrado á los hombres de todas las comarcas y todas las zonas esclavos de las mismas involuntarias limitaciones de juicio que llevaban ellos también, á su pesar, dentro de sí; los que, á través de las costumbres superficialmente diversas y de los trajes que disfrazaban diferentemente la forma de parecidos cuerpos, han notado iguales pasiones, tendencias equivalentes y dolores idénticos; los que ante la política internacional, contradictoria en los fines pero sinónima en los resultados, sólo han descubierto un solo egoísmo, una sola deslealtad y una sola avidez culpables, no pueden creer en diferencias fundamentales entre las naciones y entre las razas, porque los seres humanos, divididos por los odios que sembraron las ambiciones de los jefes, acantonados á la sombra de banderas ó de símbolos cuyo origen ignoran en la mayor parte de los casos, no son más que hojas hermanas de un mismo árbol añoso, tradicional y eterno como la vida.

Los argumentos en que se apoyan los que hablan de la decadencia latina, no resisten á un análisis serio.

Decir que las superioridades se miden por

los kilómetros de ferrocarril, por las toneladas de exportación ó por el número de cañones de los acorazados, es declararse unilateral y dejar prueba de una exigüidad de visión que provoca la sonrisa.

Ser superior, no es precisamente ser fuerte.

Porque en las llanuras inmensas de los siglos, la victoria real no es de los que se imponen transitoriamente y ganan una batalla, sino de los que, por su virtud interior y por su savia moral, atraviesan indemnes en medio de todas las tribulaciones, y realizan ese desideratum de la verdadera fuerza: *durar*.

Basta evocar el ejemplo de la raza israelita, cuya cohesión de alma y de propósitos ha triunfado del ensañamiento y de las dispersiones, para comprender que las bases esenciales de un pueblo no son ni las armas, ni el gobierno autónomo, ni la propiedad de un territorio siquiera, sino la existencia de un fin colectivo que agrupe á los hombres y los retenga. ¡Cuántas naciones con bandera oficial, con voz y voto en el concierto, con tierra propia, con ejércitos y con jefes, nos aparecen hoy desmigajadas y disueltas, á pesar de las leyes férreas que las ciñen y las maniatan dentro de la muralla china de altas fronteras tangibles, mientras esos judíos de que hablamos, después de errar al azar durante tanto siglos. y después de sufrir

todas las pruebas, mantienen sin esfuerzo la realidad viviente de su raza distinta y solidaria que en más de un caso se impone al vencedor y dobla sus orgullos!

La superioridad verdadera es siempre moral.

En ciertos momentos históricos brota de ella ó coincide con ella la superioridad material, que se traduce en imperialismo, pero, ni ésta es inseparable de aquélla, ni aquélla deja de existir cuando no está apoyada por ésta.

De ahí que la pretendida decadencia de los latinos, no sea en realidad más que un eclipse parcial pasajero de las facultades de aplicación, y un decaimiento de la voluntad realizadora, que no hay que confundir con la voluntad pensante y originariamente creadora.

No quiero decir con esto que los pueblos anglo-sajones se presenten como exclusivamente materiales, y que su espíritu sea puramente práctico. Todos sabemos que el pensamiento y el ideal son patrimonio común de la prole, y lejos de pretender para la raza latina el monopolio de la luz, afirmamos que el sol alcanza á todos y se ve desde todas partes. Los grandes pensadores y los artistas más altos, son un producto de la cultura universal y pueden nacer en cualquier comarca, dado que con el espíritu viven en el mundo y son contemporáneos de la humanidad. Además, huelga decir que la cultura anglo-sajona basta de por sí para en-

gendrar talentos victoriosos de irradiación indiscutida. Pero si nosotros reconocemos la multiplicidad de aptitudes, de la pretendida raza rival, ¿por qué tratan de confinarnos algunos de los defensores de ésta en no sé qué diminuta propensión al ensueño, que se va ciñendo hasta aislarnos en medio del imposible?

Esta misma parcialidad de juicio, esta suficiencia intolerante de ciertos entusiastas, podría servirnos para ensayar una *contre-partie* y establecer deducciones que denunciasen una inferioridad (igualmente hipotética) de los anglosajones. Pero, á nuestro entender, tales reyertas resultan vanas y pueriles. En todas las naciones vemos las mismas enfermedades sociales y en todas apuntan iguales tentativas de redención. Lo que conviene es fomentar un entrelazamiento de imitaciones benéficas y abandonar á los rezagados del nacionalismo la convicción infantil de superioridades regionales. Las victorias se borran, las teorías se desvanecen, las rivalidades ruedan, y sólo queda el alma humana multiforme que atenacea el ideal y que la sombra retiene, en esas luchas brumosas y desconcertantes de la conciencia final que se despierta.

IV

De cómo se manifiestan las enfermedades sociales.

Las enfermedades sociales, que pueden ser ofensivas ó simplemente esterilizadoras, no se manifiestan siempre de una manera visible y neta. A veces son simples detalles de organización, modalidades del carácter colectivo ó desviaciones tenues que escapan ó se disimulan. En ese caso sólo se las adivina en sus efectos que, inseguros al comenzar, son fulminantes más tarde. Otras veces revisten la forma de factores aislados de degeneración que, como ciertas substancias químicas, sólo resultan nocivos al combinarse con otros. Y en más de una circunstancia aparecen como llagas tangibles que el filósofo y el simple observador descubren sin esfuerzo, aunque cubiertas como están por la costumbre, escapen á menudo á la percepción tarda de las mayorías.

Pero por más leves é insignificantes que se

anuncien, todas tienen una importancia segura. Parece que apenas lo rozan, y, sin embargo, horadan el cuerpo nacional minando sus fundamentos, debilitando su empuje y deteniendo en él la libre circulación de la vida. Se me dirá que la masa portentosa de un imperio no puede ser puesta en peligro por errores relativamente minúsculos. Si se tratara de una sola enfermedad, el argumento sería sostenible. Pero los males de que vamos á hablar son múltiples y tejen alrededor de las naciones una malla tan espesa, que los enormes pulmones colectivos, á pesar de su vigor, acaban por anemiarse y entrar en esa decadencia progresiva y casi insensible que, á mayor ó menor distancia, prepara, en el porvenir, vastos desastres.

Imagináos un hombre encerrado en una habitación estrecha y malsana, alimentado con viandas pobres, devorado por inquietudes, sometido à una disciplina implacable, privado de sueño, molestado por parásitos, y tendréis una idea de lo que ocurre con las enfermedades sociales á que nos referimos. Ninguna de ellas es capaz de interrumpir bruscamente la circulación triunfal de la savia, pero todas reunidas la dificultan de tal modo, que comprometen el porvenir del organismo entero y hacen fatal una rápida decadencia.

Los errores relativamente minúsculos, las pequeñas transgresiones á lo que la razón exegi

para perpetuar la victoria, no son indudablemente peligros visibles y aterradores. Pero en esa apariencia inofensiva está precisamente el secreto de su gran poder destructor, porque se infiltran solapadamente entre los tejidos de la colectividad, y como pocos los descubren, ocurre á menudo que casi nadie los combate. Claro está que si fueran errores hoscos y descarados, vivirían menos. Porque los hombres, sometidos á miedos convencionales y esclavos de la superficie, se defienden de una manada de lobos y desdeñan una invasión de ratas, sin advertir que la arremetida de aquéllos se detendrá ante los cerrojos de la puerta, mientras que la de éstas puede difundirse en la sombra y socavar los muros hasta derribar el edificio.

V

La costumbre.

De lo que se deduce que la más peligrosa de las enfermedades sociales es el automatismo ó costumbre que nos impide ver las otras.

En el tejido de influencias recíprocas y de equivalencias de infiltración que forma el motor esencial de la vida, nuestros sentidos perciben las ideas y las cosas adiestradas y dominadas por ellas. De suerte que nuestro juicio sufre á menudo la sugestión de lo juzgado y nuestra razón se deja guiar algunas veces por aquello mismo que está encargada de conducir.

La costumbre limita el universo de tal suerte, simplifica y cambia tanto las perspectivas, impone tales exclusivismos, que puede ser comparada á una pequeña nube que envuelve al individuo y lo enclaustra en visiones diminutas, substrayéndolo y poniéndolo al margen

de la verdadera vida. Con más ó menos fidelidad ó independencia, todos estamos sometidos á su dictadura, dado que nada es más difícil que alzarse en plena luz, sin sombra de prejuicio y considerar el universo como pudiera hacerlo un hombre nacido en la soledad que cayese de pronto en medio del planeta.

VI

Los deseos y las posibilidades.

Nuestra inteligencia no alcanza á sobreponerse á las cosas, porque es en cierto modo una resultante de ellas. Lejos de proceder de una revelación, es el producto de un desarrollo gradual de nuestras facultades adiestradas por lo que existe. De modo que bien pudieran las cosas habernos dado una educación parcial, apropiada para servirlas ó para evolucionar alrededor de ellas en un círculo limitado, en vez de abrirnos la plena libertad ante el infinito. Porque si cada especie animal se forma una inteligencia elemental (digo inteligencia en vez de instinto, dado que en mi sentir las dos palabras se confunden y la inteligencia humana no es más que el perfeccionamiento altísimo de los instintos iniciales), limitada al medio en que se desarrolla y cerrada á todo lo demás, quizá es también la nuestra un instrumento pequeño, proporcionado á una vida inferior, circunscrip-

to por la bóveda de hierro de las imposibilidades, é insuficiente para las altas especulaciones fundamentalmente libres.

Por eso es que cuando nos apuran algunos para que fallemos en cosas trascendentales como la existencia de Dios, nos vemos obligados, si somos lógicos con nosotros mismos, á encogernos de hombros y á abrir la puerta á las incertidumbres, no porque nos amedrente la gravedad del problema ó nos hagan enmudecer vanos respetos atávicos, sino porque no nos sentimos con armas hechas para explorar en tales latitudes la profundidad de la sombra.

La ambición y la ansiedad de los hombres ha dado á la especie no sé qué gesto iluso de obsesionado que pretende volar antes de tener las alas. No es que limitemos el campo de acción. Bien sabemos que en las realizaciones del porvenir venceremos todos los obstáculos. Pero en el momento actual, sin haber sacado de nuestras facultades todo el partido posible, sin haber descubierto todavía en nosotros muchos núcleos de percepción que seguramente duermen, y sin haber conseguido sobreponernos á la costumbre y darnos una educación sin prejuicios de esencia ó de procedimiento, conviene desconfiar de nuestra aptitud para discutir amplia, libre é imparcialmente las ideas y los hechos que escapan á nuestras percepciones inmediatas.

Nada más arriesgado que pronunciarse partiendo de una base de suposiciones. Sólo llegaremos á escalar las cimas más altas renunciando á la fantasía y aplicándonos á ejercitar desde ahora los más tenues resortes de nuestra razón, para suscitar ó poner en movimiento mecanismos interiores desconocidos, que podrán horadar las tinieblas ó cambiar la faz de lo que vemos. Hasta entonces, convendrá moderar los ímpetus y atenerse á las realidades. Porque la verdadera fuerza no consiste en intentarlo todo, sino en conocer el límite de lo que se puede realizar.

VII

Los pueblos sometidos á la tiranía.

Esa y otras convicciones faltaron, por ejemplo, á los rusos en la guerra con el Japón.

Habituados á fiar en lo maravilloso y á lanzarse en especulaciones desordenadas por caminos de pesadilla, se han despertado atónitos ante la cruda realidad. La dispersión de las legiones prestigiosas, los reveses repetidos y dolorosos, la confusión difundida por la derrota gradual é incontrarrestable que se ha ido tragando glorias y haciendo retroceder á los ejércitos como si la tierra se desmoronase, cavando abismos que separan á Rusia de sus ambiciones, han acabado con la confianza y hasta con la pereza intelectual de los ciudadanos, dando pie á una desilusión monstruosa y lamentable. Porque el orgullo nacional, cultivado sabiamente por los que tenían particular interés en ello, y las jactancias de la región, entretenidas con ayuda de leyendas tanto más seducto-

ras cuanto más inverosímiles, han recibido un golpe mortal que abre los ojos á la multitud y le descubre las verdaderas perspectivas.

Abdicada la voluntad, sin derechos y sin responsabilidades, los rusos sólo habían vivido hasta ahora de fe. Fe en las fuerzas divinas que protegen á Rusia, fe en el emperador que la conduce, fe en los ministros, fe en las instituciones, fe en los funcionarios y fe hasta en los vicios que la clasifican. La autocracia, la coerción y la tiranía reinaban como males necesarios que toleraban todos, creyendo asegurar así la vitalidad triunfante y la eficacia avasalladora del conjunto. «La fuerza que perdemos individualmente la gana la colectividad», solían decir los hombres nacidos en Moscou ó en Kiev. «Y si no pedimos las instituciones de Esparta, es porque tenemos los ejércitos de Lacedemonia», añadían los resignados de San Petersburgo. Llevada por una credulidad increible, la nación había delegado sus derechos, sus ambiciones, su porvenir, su espíritu crítico y su razón en un solo hombre, que estaba ceñido y sugestionado por un areópago de duques, generales y administradores omnipotentes, usurpadores del prestigio de ser los más capaces Los pobres de espíritu se extasiaban ante el «sacrificio patriótico». Había que «asegurar los destinos de Rusia». Había que facilitar esa «uni-

dad de acción» que hace «temidos é invencibles» á los pueblos. Y el acatamiento y la humildad de los hombres universalizó tanto el prejuicio de que aquella situación era una garantía para la felicidad común, que los mismos atropellos y la misma crueldad de las autoridades parecieron nuevos indicios de la gloria que aguardaba á Rusia. Si aquellos cosacos cargaban así en las calles de Kichinev, ¿cómo no arrollarían á los adversarios en los campos de batalla?

A ese deseo de seguridad y de dominación colectiva, se unía en el pueblo un desconocimiento de la propia fuerza y una necesidad casi mística de ser llevado por la mano.

Porque las agrupaciones pasan por tres etapas antes de conquistar la libertad plena. En la primera, que es la de la fe, se ignoran intelectualmente, se juzgan inaptas y se entregan sin condiciones al capricho de un hombre que saca su prestigio de la incapacidad volitiva de los demás. En la segunda, sin dejar de enajenar su voluntad, se precaven mediante un pacto ó constitución contra la arbitrariedad de los jefes y se reservan un lejano derecho de contralor. Y en la tercera, asumen resueltamente con la República la dirección de sus asuntos, rematando así la era de las revoluciones políticas y abriendo la de las revoluciones sociales que, con etapas de intervencionismo participación

y colectivismo, realizarán, con la nivelación de las clases, la igualdad que hoy acuerdan en teoría los códigos más avanzados.

De acuerdo con esa gradación, Rusia, que se halla en la primer etapa del primer período, comienzará evolucionar ahora bruscamente hacia la segunda. La sorpresa se transforma en indignación y en ímpetu. El pueblo se arremolina por la primera vez. La insurrección bulle. Y en el hervidero mezclado que arrebata á los hombres, nadie puede prever si se saltará ó no del absolutismo á la plena libertad... Pero no cabe hablar del porvenir, dado que estamos haciendo la filosofía de la derrota y no la de la revolución.

VIII

La corrupción administrativa.

Cuanto mayor es el desmigajamiento del poder, menores son las probabilidades de corrupción. La multiplicación de interventores en los asuntos públicos reduce las ocasiones de delinquir, porque establece con la emulación una vigilancia recíproca, y asegura con esa vigilancia una mayor rigidez de las conciencias.

En un régimen absoluto basado sobre pequeñas oligarquías, todo tiende por el contrario á estrechar el centralismo. El déspota, á pesar de sus escrúpulos, se ve obligado á cubrir las exacciones de sus mandatarios, que son los mejores sostenedores del régimen; y éstos, ensoberbecidos por su irresponsabilidad y sus prerrogativas, corrompidos por la atmósfera de arbitrariedad que se respira en la nación, librados á las pasiones y á las jactancias de las pequeñas inteligencias, acaban por considerar que todo es lícito á condición de arrodillarse

ante el dispensador supremo de todos los honores. Cada función es un feudo del cual saca el empleado superior ó inferior el mejor partido posible para sus ambiciones de encumbramiento ó para sus intereses materiales.

La noción del bien público, que podría robustecerse en las alturas, se debilita por el contrario. Los que no debieran ser más que delegados de la colectividad, se consideran á menudo como una casta aparte llena de orgullos omnipotentes. El interés de la patria, la prosperidad del país, las necesidades superiores de la región y del grupo nacional, que retienen, como hemos visto, las justas reclamaciones de los de abajo, no inquietan grandemente á los de arriba. El proveedor militar envía cañones inservibles á la frontera; el presidente de la Cruz Roja dilapida el dinero recolectado para los heridos; los grandes duques, enamorados de Bizancio, multiplican, sin inquietarse por la derrota, sus fiestas increibles, durante las cuales hacen emborrachar con champaña hasta á los caballos de la escolta que les sigue, y sólo los que soportan en la base, sobre sus hombros robustos, el inmenso castillo de error, creen firmemente en lo sagrado de la guerra. El patriotismo se confunde con los intereses personales y en ciertos casos está subordinado á éstos. Sin contar con que los hombres, marea-

dos en las alturas y obcecados por la importancia que se atribuyen, imaginan á veces que hasta sus vicios son indispensables para la dicha de la colectividad.

Pero hay que tener en cuenta cual es la atmósfera en que todo esto ocurre.

El mal no viene precisamente de los funcionarios, porque no tienen ellos siempre una idea clara del perjuicio que ocasionan. Los malvados y los perversos que se complacen en esterilizar la vida sólo son una excepción dentro de la masa incongruente y gris de semi-inteligencias (y más que de semi-inteligencias, de «memorias») de que se compone la minoría irresponsable que dirige. Una educación tradicional, un ambiente estancado, un tejido de preocupaciones corrientes que cobran fuerza de axioma, han hecho de esos hombres lo que no debieron ser. Bestialidades atávicas insuficientemente represas y mal contrabalanceadas por una educación de fórmulas, les llevan á parecer feroces y hasta á probarlo con los resultados, sin haberlo sido originariamente, ni por el carácter, ni por los deseos. Es verdad que el prejuicio de las jerarquías les induce á ver un insulto punible en lo que no es más que tímida moción de la plebe temerosa. Pero sus arrebatos son el avance impersonal de las ruedas de una enorme máquina de opresión. Aunque desde el punto de vista político, dadas las doloro-

sas exigencias de la lucha, merezcan las represalias y aunque su acción desmoralizadora despierte en los espíritus emancipados las indignaciones más justas, no se puede decir que son malhechores conscientes. Obran creyendo ajustarse á las reglas de una invariable filosofía conservadora y obedeciendo al movimiento del conjunto de que forman parte. Son víctimas del misoginismo y de la intoxicación moral y material de una casta. La nación se reduce para ellos al grupo de privilegiados que la conduce. El país y los habitantes se pierden en la bruma, como cosas subalternas y lejanas que nadie puede tomar en serio. Cuando tiranizan, creen cumplir con un deber. Cuando ahogan, imaginan salvar derechos inalienables. Y si se oponen á toda luz, á toda renovación y á todo movimiento, es más que por el egoísmo sórdido de quien teme comprometer sus prebendas, por la testarudez irritada de quien, librado á la costumbre por la educación y aislado de todo razonamiento por los cuatro muros de los dogmas, se niega á admitir que pueda haber nada más allá de sus limitaciones...

IX

El optimismo enfermizo.

Esa tendencia pusilánime del espíritu que nos lleva á substituir á la realidad viviente y á las certidumbres visibles los deseos y las aspiraciones de los sueños, es el peor de los peligros nacionales cuando se generaliza y se transforma en alma de un país. Los pueblos como los individuos vigorosos deben crearse un equilibrio eficaz entre las posibilidades y las ambiciones, evitando caer así en empresas ilusorias y en jactancias que provocan la sonrisa. Tal es la influencia que puede tener la exactitud con que nos juzgamos, que cabe afirmar que al conocer nuestra debilidad la reducimos, y al tener conciencia de nuestra fuerza la robustecemos, porque saber la verdad equivale á añadir á las probabilidades favorables que nos ofrece nuestra situación el refuerzo valioso de prudencia

ó de audacia que nos da el conocimiento de ella.

Continuando las consideraciones que ensayamos en los capítulos anteriores sobre la derrota de Rusia, diremos que ella deriva en gran parte de esa ignorancia del propio peso y valer y de esa tendencia ya apuntada á disimularse interiormente las verdades y á reemplazar por visiones sonrientes y acariciadoras los hechos hostiles ó penosos.

Aquí cabría decir que el optimismo es como esos productos que utilizados en dosis pequeña fortifican y sacuden la energía de los hombres, pero que absorbidos con abuso y á todas horas los debilitan y los destruyen. Además, el optimismo sólo es eficaz como complemento de una acción resuelta, de un trabajo serio; de un empuje en que ponemos todo lo que está en nosotros, pero si no está basado sobre nada real, si no tiene puntos de apoyo en una fuerza moral ó material considerable, no es más que *reverie*, misticismo y en el fondo renunciamiento. Para un hombre que dice: «He traído los útiles necesarios, mis músculos son vigorosos y estoy seguro de vencer este obstáculo que me opone la naturaleza», el optimismo es útil porque suma á su fuerza real la fuerza moral que le da la confianza en el triunfo. Pero para un hombre que piensa: «Estoy tan seguro de salir airo-

so que no me ocupo de adquirir ni la fuerza muscular, ni los útiles», el optimismo es contraproducente porque le ciega á tal punto que le hace creer en el imposible de vencer por la sola virtud de su deseo. Llegada esta situación, lo que es motor vigoroso se transforma en peso muerto que detiene la acción del individuo; la resolución clara y confiante degenera en fe visionaria é impotente; y el ímpetu salvador se metamorfosea en credulidad torpe y pretenciosa.

En las derrotas sufridas por Rusia entra por mucho esa debilidad enfermiza y esa desviación patente del carácter que también contribuyeron á determinar hace algunos años el desastre español.

Nadie ignora que la guerra de improvisaciones basadas en prestigios históricos es una anomalía risible en nuestros tiempos experimentales en que la ciencia lo prevee y lo determina todo. Una batalla no es ya un juicio de Dios, ni un torneo de heroísmos delirantes, sino una metódica combinación de sabias inducciones, un prolijo y flexible escalonamiento de fuerzas envolventes, una operación matemática que consiste en someter á la prueba del peso los armamentos perfeccionados, la preparación profesional y la irreprochabilidad administrativa de dos ó más países. Las aparatosas car-

gas de los cosacos sólo sirven para dramatizar las derrotas. Siempre se sobrepondrá al ímpetu ciego la serenidad segura de los que basan su confianza en su preparación y no su preparación en su confianza.

X

Las guerras impopulares.

A todo esto podemos añadir en el caso concreto que nos sirve de ejemplo la falta de orientación y de ideal.

Para que los hombres sè lancen al sacrificio y á la muerte es necesario mostrarles por lo menos una apariencia de razón, un espejismo de utilidad común ó una divisa clara que se grave en el fondo de los corazones. Los japoneses lucharon por levantar el prestigio de su raza, por adquirir el derecho de sentarse á la misma mesa que las otras naciones, por vengar las humillaciones sufridas y prevenir las agresiones inminentes. Cada soldado tuvo conciencia de defender algo propio, que su natural egoísmo humano puso por encima de las abstracciones de la patria y la bandera. Pero los rusos, empeñados en una lucha de conquista,

convertidos en instrumentos de ambiciones que no alcanzaban á concebir, atados á un esfuerzo gigantesco que no rimaba con nada de lo que llevaban interiormente, se vieron naturalmente desprovistos de todos los entusiasmos. Pueblo oprimido y habituado á no tener voluntad, no pudo improvisarse un carácter para llevar á cabo una obra que era ajena á sus preocupaciones. Lo único que le interesó en el conflicto, fué la posibilidad de cambiar las instituciones políticas de su país.

De suerte que á la derrota contribuyó en mucho el error autoritario de los que gobiernan. Que así como dar altos ideales á un pueblo es hacerlo casi invencible, mantenerlo en la servidumbre y en la ignorancia es imposibilitarlo para esos grandes actos viriles que, si despiertan ímpetus ancestrales, resultan á veces y por ahora necesarios para mantener la autonomía y salvaguardar los derechos durables de un grupo nacional.

La patria reside más que en el pedazo de tierra en que hemos nacido, en nuestras prerrogativas de ciudadano, y en el comienzo de bienestar social que nos hemos creado dentro de ella. Los esclavos no tienen para ir á la batalla más que razones de acatamiento y de costumbre que se desvanecen con la derrota y con la disminución del prestigio del tirano. ¿Cómo

han de defender con entusiasmo la casa, el gobierno y la vida que no les pertenece? La disciplina les llevará á la matanza, les empujará al sacrificio, les impondrá la muerte si queréis, pero no les dará un ideal omnipotente, una conciencia colectiva, una razón personal ante la cual se incline el miedo. Sólo se hacen matar bien los que llevan un penacho interior de cóleras personales. Y la perseverancia, el espíritu de sacrificio, el desprendimiento, la exactitud, sólo se obtienen de hombres que obedecen más que al temor de un castigo á la convicción firme y general de que están defendiendo cosas propias.

Además, la guerra de conquista sólo es simpática á los pueblos cuando (como ocurrió durante la Revolución Francesa) se hace con el propósito de abrir la frontera á los ideales y desparramar con nuevas doctrinas el espíritu de instituciones mejores. En ese caso cada guerrero se posesiona de su papel de divulgador de verdad y se inmola gustoso en beneficio de una causa grande. Pero cuando no se trata de una conquista de almas, sino de una vulgar conquista de territorios los pueblos aceptan la guerra con una resignación desganada, porque más cerca de las fuentes naturales y más generosos que los que dirigen, comprenden la vergüenza moral y la injusticia del despojo

Los rusos fueron á Corea y á Manchuria empujados por oficiales ganosos de avanzar en grado. Si la victoria les hubiera sonreído desde el comienzo, si la campaña hubiera sido fácil, si la guerra les hubiera ofrecido las brutales compensaciones que halagan todavía á los humanos en contacto con los orígenes, es posible que hubieran acabado por resignarse á su destino. Pero la derrota concluyó de desmoralizar aquellas energías vacilantes. Y llegó un punto en que los mismos instrumentos se revelaron contra la tiranía de los que sin pensar las probabilidades, sin haber preparado la acción, les lanzaban aturdidamente al abismo en nombre de una conquista tan estéril como ilusoria.

Los gestos nacionales para tener eficacia tienen que ser verdaderos gestos colectivos. Un hombre emboscado detrás de un pueblo, no puede, aunque disponga de todos los resortes del despotismo, desencadenar de una manera eficiente la fuerza agresiva del país. Para que el mecanismo se ponga en movimiento, es necesario que todos los resortes concurran á ese fin, es indispensable que en todos los centros y en todas las capas sociales se haga sentir con mayor ó menor intensidad el deseo de la arremetida. Los tiempos en que el señor feudal decretaba la guerra por un detalle de alcoba y arrastraba á las multitudes detrás de su capricho, sin más programa ni más bandera que su

penacho bicolor y su corcel piafante, han pasado definitivamente á la historia; y las multitudes, aun aquellas que más atrasadas parecen, empiezan á vislumbrar la posibilidad de disponer de su vida según sus propios intereses.

XI

Las causas de la derrota rusa.

La derrota rusa se explica, pues, por esos cuatro errores (régimen opresivo, corrupción administrativa, optimismo enfermizo, puesto en circulación por una burocracia tan vanidosa como culpable, é impopularidad evidente de la guerra), por esas cuatro enfermedades, que han minado el vasto imperio y han agrietado sus muchedumbres, disolviendo de antemano una gran fuerza posible y doblando ante la probidad resuelta y sana del pequeño Japón moderno, las energías sin timón de un país incalculablemente más prestigioso, más rico y más poblado.

Este es un hecho que tiene que hacer meditar á los sociólogos, porque establece de una manera indiscutible una especie de escalafón de valores dentro de la movible uniformidad de la vida, y porque desmiente el prejuicio semicientífico de las razas inferiores.

Los pueblos valen según el partido que han sabido sacar de sus facultades, originariamente equivalentes y en razón directa de la responsabilidad de que goza el ciudadano dentro del grupo.

Cuanto más modernas, cuanto más atrevidas son las naciones, mayor es su cohesión ó su empuje, y cuanto más apegadas están á la tradición y á las fórmulas atrasadas, mayor es su vulnerabilidad ó su impotencia. España ante los Estados Unidos, y Rusia ante el Japón, son ejemplos claros y decisivos. Lo vetusto, lo pasado, lo «sobreviviente», sólo puede mantenerse dentro de la inmovilidad, dado que, inapto para la acción, así que los acontecimientos lo arrastran á ella, pierde fatalmente su prestigio y se derrumba, como esos muros en ruinas sostenidos por el silencio que caen al ruido de nuestros pasos.

Si las naciones tradicionalistas tuvieran una noción clara de su estado y de sus intereses, evitarían las guerras, y, en general, toda ocasión de conflicto armado, porque estas conmociones además de terminar casi siempre en derrota, provocan grandes levantamientos internos, al poner en evidencia los vicios del régimen. Pero si las naciones tradicionalistas tuvieran una noción clara de sus intereses, empezarían por no ser tradicionalistas y entrarían resueltamente en el progreso, que es

nueva juventud, y en el porvenir, que es fuerza acumulada, para ensancharse en la justicia y florecer á la luz. Que la fuerza de las naciones no reside ni en la latitud de sus territorios, ni en el número de sus soldados, ni en el prestigio ancestral de sus banderas, sino en el espíritu investigador que las anima, en la flexibilidad de sus movimientos colectivos, y en el fin accesible y cautivante que las da la cohesión.

LIBRO SEGUNDO

I

Iniciativa y responsabilidad.

El millonario norteamericano Andrew Carnegie preconiza un método de educación que rompe con las ideas tradicionales. M. Carnegie aconseja á los jóvenes que no enajenen jamás su personalidad, y que en todas las situaciones de la vida desarrollen y defiendan su pensamiento propio, su manera de ver individual, sin ceñirse á las convenciones ni dejarse influenciar por el prestigio de las jerarquías. «Imaginaos—dice, dirigiéndose á los estudiantes de una escuela comercial—que estáis empleados en un establecimiento bancario. Si os apercibís de que vuestro jefe se equivoca y os ha dado una orden nociva para sus intereses, no vacilèis en hacer lo contrario de lo que os ha ordenado Obrando así. probaréis una inteligente

iniciativa. Cuando el jefe os llame y tengáis que explicar vuestra conducta, hacedlo en términos claros y precisos; demostrad por qué era mala y peligrosa la orden; haced ver las ventajas de vuestra intervención; sed por un instante el jefe de vuestro jefe.»

No creo que muchos aceptarían hoy de buen grado esa intervención del subalterno. Los más la considerarían como un acto irrespetuoso. Y aun cuando los resultados fueran excelentes y el empleado atrevido hubiera enderezado en realidad un error, tengo para mí que perdería su puesto. Todo ello viene de una concepción especial de las cosas. «Comprendo la teoría—diría el superior,—y hasta admiro el éxito con que la habéis ensayado. Os auguro, amigo mío, un porvenir brillante, pero no puedo permitir que mis subordinados juzguen mi conducta. Cuando doy una orden, esa orden debe ser ejecutada al pie de la letra. Llevo la responsabilidad de mis empresas y no quiero censores en mi establecimieto. Si entiendo mal mis intereses, tanto peor para mí, sufriré las consecuencias; pero es inadmisible que lo que me puede perjudicar ó ser favorable, dependa de los que nada deben ganar ó perder con ello.»

Aunque un tanto autoritario, el jefe que así hablara tendría en el fondo y dentro de las cosas establecidas, su miaja de razón. Porque el empleado podrá acertar una vez y corregir

victoriosamente un error lamentable; pero lanzado por ese camino puede también, con la mejor buena voluntad del mundo y creyendo hacerlo mejor, echarlo todo á rodar. ¿Cómo repararía después el mal causado por su iniciativa desgraciada?

Sin embargo, no deja de tener su lado bueno la doctrina de Mr. Carnegie. Y eso es lo que se niegan á admitir algunas naciones.

La prosperidad y el progreso de un país dependen casi siempre de las aptitudes de sus habitantes para la inventiva. He vivido algún tiempo en Nueva York, en Chicago y en San Francisco, y puedo afirmar que en aquellas tierras se ádvierte vagamente algo de lo que aconseja el banquero escritor. No hasta el punto de practicar la teoría en circunstancias como la que hemos citado, que ese ejemplo radical, no es, quizá, más que una exageración literaria ó un recurso oratorio para poner en evidencia lo que urge demostrar, pero sí en el sentido de que cada hombre piensa por sí y juzga las cosas á su manera, sin cuidarse de la opinión común. Es una independencia de carácter que deriva de una educación especial de la voluntad. Ante un problema nuevo para él, el hombre no debe preguntarse cómo lo han resuelto los demás hombres, sino cómo se puede resolver. Cara á cara con la dificultad, conviene que saque de sí mismo los recursos para

vencerla. Y no es difícil que esta audacia moral de los nacionales contribuya á determinar el progreso de una nación, porque todos sabemos —y en esto Mr. Carnegie no ha dicho nada original—que el «hombre mecánico» es el peor peligro para las colectividades

II

El asunto Dreyfus.

Esta falta de iniciativa que detiene el empuje de los pueblos se echa de ver en todo. Nada parece más difícil que razonar, ver las cosas, pesar los hechos. Cada cual se entrega á la opinión dominante y renuncia á poner en juego los resortes de su personalidad. De ello tuvimos mil pruebas durante el asunto Dreyfus.

Se quiso justificar una iniquidad cometiendo otra iniquidad. El proceso que se debatió durante quince audiencias ante la corte de Assises fué un nuevo atentado contra la justicia. Invocando leyes jibosas y elásticas se llegó á la monstruosidad de negar á la defensa todo medio de defensa, se llamó calumniador á Zola sin permitirle presentar la prueba de lo que decía; la Administración puso en juego todos sus resortes para amenazar á los testigos; los jueces fueron intimidados; y las decisiones del Tribunal

Supremo se leyeron entre los gritos de lá muerte! lanzados por la soldadesca.

Todos los abusos se dieron cita para acumular en ese proceso la síntesis de las enfermedades morales del siglo. Los agitadores estériles que sólo buscan en el tumulto un pedestal de popularidad, amotinaron á las turbas predicándolas el odio y empujándolas á la matanza y al exterminio en nombre de un estéril antagonismo de razas. Es verdad que son los mismos pescadores de aguas turbias que existen y han existido en todos los países y en todas las épocas de la historia; pero ¿por qué alcanzaron tan extraño prestigio y tanto crédito en Francia?

En la enorme ciudad brotaba la ira por todas las bocas de la discordia. Los labios se contraían, los puños se crispaban y en el horrible sacudimiento de la pasión no se sabía si los labios amenazaban más que los puños. Los calificativos hostiles aplicados ora á un nombre, ora á otro, abofeteaban todas las mejillas. Los grupos pasaban coléricos y desenfrenados, vomitando injurias. Las conciencias se dividían y se alineaban las unas frente á las otras como si tuvieran escarapela de partido. Y todos los excesos, todos los tumultos de la razón, blandían sobre las cabezas el hierro de las represalias.

Sólo un hombre, de pie ante la humanidad, arrostraba el error de los jueces y la injusticia de sus conciudadanos. Alrededor de él se agru-

paron otros y otros, hasta formar después la falange victoriosa que tuvo á raya el error. Pero, ¿dónde estaba la conciencia y el espíritu investigador de Francia? ¿Dónde está ahora?

Porque el asunto Dreyfus, que ha sido enterrado tantas veces, y en nombre de intereses tan contradictorios, tiene la especialidad de renacer. Y es casi seguro que reaparecerá aún de tiempo en tiempo, bajo diferentes formas, para interrumpir la calma de los banquetes gubernamentales.

III

Proceso universal.

Veamos lo que fué el asunto Dreyfus.

Durante varios años todo cuanto se dijo ó se pensó fuera de él pareció una infidelidad que nos hacíamos nosotros mismos. El drama nos hería tan profundamente, que nos arrebataba en su acción, nos tejía con su intriga y nos secuestraba sin distinción de nacionalidad ó convicciones, hasta el punto de convertirnos de espectadores en actores y de presentarnos el desenlace, más que como un simple tercer acto que desata el nudo, como una solución á la que una fuerza misteriosa nos empujaba y de la que dependía nuestra propia suerte. Los espectadores llegaron hasta invadir la escena, mezclarse á los actores, llorar ó maldecir con ellos; ser Yago, Ruy Blas, Hernani ó Cromwell y vestir los trajes ó los sentimientos que les eran simpáticos, adoptando un nombre como una escarapela y un título de periódico como una

razón de vida. El público acabó por empujar, retroceder, hacer suya la brega, porque encontraba en cada cosa un eco de lo que estaba vibrando en él; por identificarse con los héroes, aceptándolos en bloque y modelándose á imagen de ellos; y por dispersarse en tantos matices como almas atravesaron la acción primitiva, hasta que arrabatado, hirviente, incontrarrestable, se dividió en personajes colectivos compuestos de multitudes que gesticularon un drama inmenso en que tomó parte toda la humanidad. Hasta se podría decir que en el asunto Dreyfus no hubo público, porque todos fueron actores. Se simplificó el teatro dilatándolo indefinidamente. ¿Quién podía hablar con imparcialidad del asunto? ¿Quién lograba hacer castillos de razón con las verdades sin que una ráfaga de pasión los echase por tierra? En todas las comarcas y en todos los idiomas burbujeaba la misma agitación, la misma lucha, el mismo soplo de discordia. El asunto había salido del terreno estrecho de los nombres para plantearse en el de las doctrinas. Dreyfus, inocente, condenado á presidio, nos podía interesar como caso aislado; pero Dreyfus, símbolo de todos los que sufren injusticias, de todos los perseguidos y de todos los ahogados, nos arrebataba, porque al defenderle defendíamos algo propio. El egoísmo es el centro de vida de casi todos los hombres. Cuando se agitan y se en-

crespan lo hacen, como hemos visto en el libro anterior, por algo que les toca. Y en este asunto cada cual defendía su núcleo de convicciones, su razón de ser, su concepción de las cosas, su idiosincrasia. Puede decirse que se reconsideraba la vida y se ponía en discusión el volumen de ideas de treinta siglos, abriendo el debate del porvenir y el juicio del pasado. Llegadas las cosas á ese punto, nadie podía substraerse al vértigo, porque cada cual tenía algo que perder ó que ganar en el litigio.

IV

Una lucha de doctrinas.

En el fondo, considerando friamente al ser humano, vemos que se apega casi tanto á sus espejismos de alma como á sus bienes materiales. Su *stock* de convicciones, mitad por pereza, mitad por impotencia intelectual le es tan necesario para vivir como el aire. Ha anclado en un sitio y no quiere ver interrumpida la tranquilidad que le rodea. Todo lo que tienda á combatir ó á substituir la base intelectual sobre la cual gravita, le parece un atentado dirigido contra su seguridad.

Estas ideas generales sirven para establecer que en el famoso asunto cada cual creyó luchar por sí mismo: unos reivindicando el derecho de pensar, otros el de obedecer; éstos tratando de derribar el presente, aquéllos pugnando por reconstruir el pasado. Cada cual defendía lo propio: el militar su grado, el juez su toga, el comerciante su dinero, el industrial sus máqui-

nas, el escritor su pluma, el obrero sus ambiciones, el comediante su máscara, el malhechor su impunidad, el rebelde su independencia, el sumiso sus hierros y el calumniador su infamia, en un entrevero de pasiones que alcanzaron su tensión suprema y un estallido de intereses contenidos que se desataban y se esparcían enloqueciendo á los hombres y empujándolos en una confusión formidable, en medio de la cual unos arbolaban el derecho de alcanzar todas las libertades que les faltan, y otros el de renunciar á las que tienen.

Los directores, los interesados, los actores primeros del drama, supieron también presentar los acontecimientos de la manera más propia, para hacer ver tras el proceso personal y de interés limitado, un gran fondo de ideas generales y de intereses comunes. Obligaron á los extraños á enrolarse bajo las banderas, ofreciéndoles una razón general que cada uno pudo tomar como suya, y utilizaron el empuje colectivo en beneficio de una causa individual. De ahí que el simple proceso se convirtiera en teatro, donde gesticularon los intereses de la humanidad, y de ahí que los hombres se trocasen en símbolos. Dreyfus, condenado por el crimen de Esterhazy; Henry, de Clan, Mercier, Boisdefre y Gonse, arrastrados á mentir para justificar un primer error; y Picquart procediendo honradamente á la reparación de una injusti-

cia, hubieran constituído, evitando su prolongación sobre las ideas y limitándolos á ellos mismos, un proceso interesante y ruidoso, si se quiere, pero nunca el debate colosal en que todos tomamos parte. La verdad es que sólo fueron un pretexto para luchas más hondas entre doctrinas.

V

Los cóncavos y los convexos

Es necesario despojar á los seres de sus vestimentas de teatro. Dreyfus, sin que esto importe negarle ahora nuestras simpatías, no fué el primer inocente condenado por el crimen de otro, ni será el último. Para que todos los defensores de la verdad, profesionales ó instintivos, eligieran especialmente ese proceso y lo transformaran en ocasión de exhibir buenos sentimientos, fué necesario un cúmulo de circunstancias particulares que lo convirtieron, no ya en caso típico, sino en coyuntura propicia para intentar una reedificación de las costumbres con el material de esos buenos sentimientos. Por otra parte, para que los apasionados del ejército hicieran causa común con los falsarios y los asesinos, fué necesario que se sintiesen atacados en su institución misma y en el núcleo de prejuicios y de intereses que forman el fondo de todo

cuerpo numeroso. En un caso normal, en que los hechos no hubieran tenido como en éste un valor representativo, los defensores del ejército no hubieran hecho una muralla con sus galones para proteger á los falsarios, ni los apasionados de la verdad hubieran aventurado un combate para rescatar una víctima, que sólo era una entre tantas. Fué necesario que los unos viesen en ello una circunstancia favorable para marchar hacia un ideal de justicia universal escudados en un caso particular, y que los otros creyesen en peligro las prerrogativas de su corporación y la existencia misma de su conjunto.

Simplificando, se podría imaginar este asunto como una lucha entre dos tendencias eternamente antagonistas é irreconciliables: la conservadora y la liberal, remontando aquélla hasta el absolutismo de los reyes, y descendiendo ésta hasta la anarquía. De un lado tomaron posición la iglesia católica, los partidos reaccionarios, el ejército y los que usufructúan la revolución de 1789; del otro los protestantes, los israelitas, los republicanos radicales, los socialistas y los libertarios. La cohesión de estos elementos fué fatalmente accidental. Sólo marcharon juntos porque sus intereses coincidieron momentáneamente. Pero en regla general, rememorando la historia, vemos de un lado á los perseguidores, y del otro á los perseguidos; de

un lado á los moralistas sumarios que gritan: «¡nada de razón!», como el padre Canaye, y del otro á los altruistas, que se extasían ante la verdad; de un lado á los cóncavos y del otro á los convexos.

VI

Los hombres y los partidos.

Si en algunos de estos acercamientos hubo cierta malicia irónica (los republicanos del 89 hicieron causa común con los reaccionarios, y los anarquistas vivaquearon en el salón de los millonarios judíos), culpa fué de las circunstancias y no de los hombres. Todos resultaron lógicos consigo mismos. No fueron ellos los que cambiaron, sino las perspectivas.

Las partidarios de Felipe de Orleans ó del príncipe Víctor, consecuentes con su pasado y con su tradición, no repararon en los medios para conquistar el trono; los tibios republicanos del Directorio ensayaron la única maniobra posible para conservar un poder que se les escapa; los socialistas persistieron en su hostilidad al capitalismo, y aprovecharon la ocasión de manifestar contra las castas y los privilegios; y los israelitas movilizaron todas sus

fuerzas, no para defender, como se dijo, en nombre de una solidaridad delirante, á uno de los suyos, sino en un empuje de *miedo heroico* y de defensa propia, convencidos de que la raza estaba amenazada en el porvenir por nuevas persecuciones. ¿Cómo hubiera podido repugnar á los republicanos su alianza con los absolutistas, si ella era el único medio de seguir flotando? ¿Cómo pretender que los israelitas se negaran á tender la mano á los revolucionarios, si éstos les prestaban un apoyo precioso para tener á raya á los fanáticos que preparaban la nueva Saint Barthelemy? Y ¿cómo habían de rechazar los revolucionarios á los israelistas, si éstos les ayudaban á combatir dos enemigos: el ejército y el clero? Hay momentos en que la idea del triunfo se sobrepone á todas las otras. En cuanto á los auxiliares incómodos de que cada cual echa mano para conseguirlo, el tiempo reserva siempre el derecho y la ocasión de renegarlos y combatirlos...

Los protestantes libraron también en esa ocasión su batalla, que se fundió en la batalla general, pero que tuvo su fin y sus rasgos propios. No hay peores enemigos que los que están de acuerdo sobre todas las cosas menos una. Los protestantes encontraron en el asunto una brecha favorable para dar una carga al catolicismo. Y éste, por su parte, envolviendo en un mismo anatema á los reformados, los

israelitas, etc., trató, al defenderse, de arruinar á sus rivales, destruyendo una competencia incómoda.

Otro elemento que alcanzó gran importancia en la lucha fué el núcleo de los partidarios de un gobierno fuerte. Son gentes que desean que alguien les evite la tortura de pensar y piden la verdad ya hecha. Para ellos, no valen todas las libertades la ociosidad tranquila del que obedece. Exigen desde luego que en la dominación se ponga un penacho de familiaridad con la multitud y un redoble de tambor patriótico. Pero tras el muñeco de una república plebiscitaria, sólo esconden el anhelo de descubrir un nuevo Napoleón.

Frente á ellos se levantó un grupo antípoda compuesto de hombres de laboratorio, de biblioteca y de cátedra. El estudio y las experiencias científicas les dejaban creer en muy pocas cosas y sólo aceptaban lo que venía apoyado por pruebas irrefutables. Habían remontado la vida hasta sus fuentes, y no habiendo encontrado nada sólido, ansiaban reconstruir el mundo sobre nuevas bases de razón. Cada uno llevaba en el cerebro el plano de una ciudad imaginaria y perfecta... Junto á ellos, á un nivel inferior, se diseñaba otro grupo formado por maestros normales que carecía de la grandeza de alma del primero y que cedía más bien á un instinto de hostilidad contra todos los que no

vestían el uniforme de fórmulas que ellos habían encontrado en los textos académicos.

Los sobrevivientes del boulangismo descubrieron en la agitación un pretexto para reanudar su vida política. Deroulede bajó de su desván de poeta y reverdeció con todo su bagaje de frases vagas. Y no era sólo el hombre del boulangismo que volvía á la vida pública después de un aislamiento prudente; era el boulangismo mismo, la esencia, el alma, la síntesis de aquel inmenso ejército de aventura. Nada había cambiado. El grupo no seguía llamándose *boulangista* porque hubiera sido un anacronismo, pero bajo la nueva etiqueta de *nacionalista* persistió en la antigua concepción al mismo tiempo romántica y estrecha del bien público. En política fueron discípulos de Napoleón, sin alcanzar á imitar naturalmente la amplitud de miras del primer soldado. Situaban su ideal en una monarquía suficientemente liberal para poder pasar por república ó en una república bastante enérgica para parecer monarquía, en algo confuso que deslumbrara al pueblo con grandes palabras y le obligara á atarse en nombre de la libertad y del patriotismo al carro brumoso de un poder sin barreras. Este núcleo, como todos los partidos reaccionarios, estaba al acecho del *hombre de la situación*.

Otra de las sorpresas que nos reservó la lu-

cha fué la de descubrir á los anarquistas como conjunto organizado. Ellos y los socialistas fueron los primeros en abrir campaña en favor de Dreyfus. Pero si no es de extrañar que los socialistas lo hicieran colectivamente, dado que forman un grupo parlamentario y un partido de gobierno, era inesperada esta rápida concentración de hombres que por sus doctrinas son individualistas y contrarios á toda organización. Fué necesario que vieran en los acontecimientos futuros una probabilidad de hacer pesar su influencia, para que sacrificasen así momentáneamente una parte de su credo.

M. Francois Copée fué jefe trnsitorio de un núcleo conservador que no tenía grandes preferencias por la república, ni por la monarquía, de un grupo para el cual todos los sistemas eran buenos, mientras llenasen estas tres condiciones: ser católicos, velar por el ejército y combatir al partido avanzado. Se compuso de hombres débiles que adoraban la tranquilidad y se resistían á toda sacudida y á todo cambio en las costumbres, formando un conjunto aristocrático y de buen tono que no concebía más razón y más justicia que la del salón literario que frecuentaban.

Los partidos reaccionarios, que se apoyaban en el ejército, contaban con un poderoso núcleo de partidarios, sobre todo en Bretaña, y beneficiaban sobre todo del descontento de los

que, hartos de república, volvían los ojos hacia el pasado.

Entre los hombres de Parlamento, M. Meline, el republicano que representa la menor suma de republicanismo, fué el que, por arbolar un matiz demasiado pálido que tiene éxito en épocas de desarme pero que no es tomado en cuenta en tiempos de lucha, acabó por perderlo todo.

Porque en la agitación y en el vértigo de aquellas horas no había lugar para los hombres tímidos. Todo ardía al empuje de las cóleras y en el fragor del combate se ahogaban como suspiros las frases equilibristas de los sacerdotes de la inmovilidad. M. Brisson que en los comienzos del asunto había tenido la buena suerte de hacerse antipático, empezaba á recobrar su prestigio. M. Millerand que, desde su radicalismo socialista, atisbaba el momento de ser el lazo de unión entre la extrema izquierda triunfante y el centro resignado, despertaba la admiración de los políticos que obedecen al vaivén de las caídas de ministerio. Muchos hombres que dormían las vacaciones de la popularidad se remangaban las calzas y entraban, porque en las grandes conmociones hay sitio para todos y era tan vasta la cosecha de intrigas, que faltaban brazos para la recolección. El grupo que soñaba un cambio en las costumbres y en los sistemas para aplicar las

verdades conocidas y hacerlas carne en los espíritus en detrimento de una organización social decrépita, que sólo reposa sobre el sometimiento de los más á los peores, resplandecía de audacia. Y el feminismo, afirmando la igualdad intelectual de los sexos y haciendo prueba de una perspicacia indiscutible, se lanzaba también á la arena en defensa de Dreyfus, deshojando rosas en medio del motín, haciendo oir un grito melodioso entre el clamoreo estridente y confirmando el desborde que alborotaba el alma de todos.

El catolicismo y la masonería no aplaudieron ni atacaron á Dreyfus: se combatieron entre sí. Cada uno es un obstáculo para el otro y antes que sobre la solución de un proceso, discutieron sobre el porvenir de las ideas que representan.

En cuanto á la razón final de la opinión del ejército, se puede explicar holgadamente. En el militar se desarrolla un sentimiento en detrimento de los demás. Todo cuanto vibra fuera de él, no existe ó merece en su opinión ser suprimido, por lo mismo que escapa á su comprensión. La razón y la justicia están representadas ante él por el grado, la antigüedad ó la influencia. Su costumbre de obedecer le hace imaginar que hay tantos derechos y medidas como etapas entre el soldado y el general. Ese error que consiste en prolongar la ordenanza

y aplicarla á todas las situaciones de la vida, haciéndose una filosofía de un reglamento de cuartel, es el que empujó á los subalternos á fallar que siendo el acusado capitán y los acusadores generales no era posible admitir dudas sobre quien podía tener razón. Y tanto mayor violencia y fanatismo desplegaron para defender su convicción, cuanto que comprendían que ella reposaba sobre el sometimiento de su orgullo de hombres.

Fueron dos filosofías, dos épocas que se entrechocaron; y mirando á través de los hombres no es difícil ver ahora, con el *recul* de la distancia, de un lado al Pasado y del otro al Futuro; es decir, aquí un desastre conocido y allá una interrogación.

VII

Los intereses particulares.

¿Conviene repetir que en la mayor parte de los casos cada cual cedía á un interés particular que dependía del drama común? La portera de Esterhazy, que tomaba notas día á día con una minuciosidad implacable sobre las acciones de su inquilino; la señora de C... que vendía las cartas que comprometían á sus parientes; la marquesa de D... que consentía en recibir en su casa á una cortesana; el joven E... que denunciaba las intrigas de su allegado, ¿á qué respondían, sino á la avaricia, á los celos, al amor ó al egoísmo, dando así rienda á sus pasiones al abrigo de la conmoción general? Manos invisibles manejaban, fomentaban, enredaban y dirigían esos apetitos para arrancarles un argumento favorable ó contrario, una confesión, una protesta. La delación se convirtió en arma legal y fué un ir y volver de comen-

tarios de cocina. Se echó mano de lo que el camarero del restaurant á la moda afirmó haber oído al servir la *chartreuse*, de lo que el doctor D... dejó entender que le dijo el ministro N. en el baile de Z.; y de lo que la modista de la señora L. creyó haber sorprendido entre dos alcobas. Como consecuencia de esto, nacieron las investigaciones sobre la familia, el origen y los medios de vida de cada uno. Los partidarios se sirvieron de insinuaciones incalificables: el padre de X... había cometido graves indelicadezas, L. tenia un hijo comanditario de una casa judía, el hermano de V. era notario en Alemania y R. no había olvidado el apodo de *Georgette*. Se sacaron á relucir hasta los secretos más íntimos: las buenas fortunas del capitán M., las debilidades de la señorita de P., la enfermedad de la condesa de O... Y como esto no bastaba, se reveló que el comandante G. era copropietario de una casa infame, que el juez H. había sido director de un garito, que la señorita J. sabía pesar sobre la opinión de los magistrados, que la mujer del diputado K. velaba sobre el porvenir de su marido, y todo el repertorio de murmuraciones de un rincón de casino á las dos de la madrugada.

La falsificación de documentos fué aceptada en uno y otro bando como maniobra lícita. Las divulgaciones de sumarios, las retractaciones de los jueces, las acusaciones recíprocas que se

sucedieron hasta determinar, por cansancio, en plena luz, la confesión del culpable, fueron hechos que se sucedieron paulatinamente, respondiendo con una maniobra á otra maniobra, como en una partida de ajedrez que nos reserva una sorpresa en cada jugada. Todo fué profundamente meditado en su alcance y sus consecuencias y cada bando tuvo su reserva de golpes efectistas que dió á luz á proporción que los acontecimientos lo reclamaban. La importancia de una Liga que ensayaba ejercer influencia sobre los ánimos, fué equilibrada por la importancia de otra, el efecto moral que podían producir los jueces con una decisión favorable al acusado, se neutralizó con la entrada triunfal de dos soldados victoriosos. A cada instante se creía que la suerte favorecía á uno de los partidos, y el día siguiente se encargaba de demostrarnos que todas las probabilidades estaban de parte del otro. Porque nadie podía retroceder en la terrible lucha en que jugaba su destino.

Esterhazy tuvo un instante en sus manos una parte del secreto del éxito y fueron de ver las gestiones y las embajadas con que le aturdieron unos y otros, tratando de asegurarse su concurso. Esterhazy luchaba por cuenta propia. El problema se presentaba para él en estos términos: persistir en negar la evidencia, favoreciendo á los que ya le habían abandonado

por considerarle lastre incómodo; ó confesarlo todo y vengarse de ellos, dando una gran probabilidad de triunfo á los dreyfusistas. En ningún caso hubiera podido poner á flote su reputación. Tampoco trataba de eludir un castigo que difícilmente podía alcanzarle, dado que habitaba en el extranjero. Su confesión inesperada fué, pues, el movimiento de cólera de un hombre que no se resigna á cargar con las faltas de todos y que trata, al rodar, de arrastrar en su caída á los cómplices que le abandonaron.

Lejos como estamos de reseñar anécdotas, sólo queremos dejar entrever la verdadera fisonomía de un asunto que con tanta franqueza desnuda las enfermedades sociales para fijar algunas de las enseñanzas con que sin quererlo nos favoreció. De ahí que apuntemos al pasar las vacilaciones y las actitudes que mejor ponen de relieve la inmensa lucha mezclada abierta en torno de cada uno de los componentes del litigio y los medios de que los querellantes echaron mano para procurarse la victoria.

La aventura de los peritos grafólogos que deslizó en el fondo del drama la nota alegre de un sainete; la venta de los muebles de Zola que creó ese personaje mitológico que se llama una mesa de 30.000 francos y las maniobras á raíz de las cuales ciertas corporaciones expulsaron de su seno al gran escritor, fueron habilidades

para obtener la complacencia simpática de la gran masa de *arrivistes* que guardaban el equilibrio esperando adivinar de qué lado estaría el triunfo. Como el pueblo francés, por ser el más refinado, es el más impresionable y el más inconstante de todos, ambos bandos trataban de deslumbrarle y herirle con grandes golpes de teatro, rivalizando en habilidad de tal suerte que se formó un núcleo de opinión flotante en perpetuo flujo y reflujo. Porque el asunto Dreyfus, que es para los filósofos de hoy una síntesis de la vida actual y una enciclopedia de nuestras virtudes y nuestros vicios, no podía dejar de registrar en su arco-iris la incertidumbre de los rezagados de la pasión. Todo está dentro de él. A la manera de los Rougon-Macquart de Zola, es la historia natural y social de nuestra sociedad al fin del siglo XIX.

VIII

La revolución contenida por las contrarrevoluciones

Un hombre frío, de juicio sereno, que hubiera asistido al debate como un médico al proceso de una enfermedad, haciendo abstracción de simpatías y preferencias, hubiera dicho, considerando la tensión que alcanzaron las pasiones, que sólo había un remedio posible, la sangría. Se habían acumulado tantos humores, que sólo abriendo una válvula de escape que diera salida á la violencia, parecía posible devolver á los espíritus la placidez acostumbrada. En un sentido ó en otro, trascendental ó insignificante, el estallido es el único resultado de una bomba cuya mecha encendida nadie consigue apagar. Pero si bien todos estaban de acuerdo por entonces para afirmar que el sacudimiento era inevitable, nadie alcanzaba á definir su carácter y sus consecuencias.

Y es que toda revolución posible está contra-

balanceada por una serie de revoluciones contrarias que la anulan y la paralizan. La insurrección existía dentro de las voluntades, pero no podía ser exteriorizada ni realizada á causa de otras insurrecciones que la daban jaque. Aunque los partidos se mostraban resueltos á no dejar pasar una ocasión de triunfo, estaban tan equilibrados y jugaban intereses tan valiosos, que ninguno se arriesgaba á ser el primero en recurrir á las armas. El asunto Dreyfus representaba para cada uno de ellos cosas muy diversas: para los monárquicos el regreso del duque de Orleans y la continuación de una dinastía clérico-militarista; para los radicales la separación de la Iglesia y del Estado y el impuesto progresivo; para los imperialistas un elenco de matanzas gloriosas presididas por un príncipe aventurero; para los socialistas el comunismo; para los partidarios de la dictadura, la posibilidad de descubrir un nuevo Bonaparte, ó en su defecto un Boulanger perfeccionado; para los anarquistas, los moderados, los ultramontanos, los ateos y los antisemitas, la emancipación, el orden, la fe, la blafesmia y las represalias... El proceso era una *boite à surprise*, dentro de la cual cada uno suponía que estaba encerrado el objeto de sus deseos, pero que nadie se atrevía á abrir por temor de ver desvanecida su esperanza.

En las grandes conmociones populares, basta

que alguien dispare un tiro para que el combate se haga general. No hubiera sido difícil que en ese motín de convicciones ocurriera la misma cosa. El más atrevido ó el más bullicioso hubiera dado la señal del desorden; y como las contrarrevoluciones se hacen más fácilmente que las revoluciones, hubiéramos asistido á una serie de movimientos antagónicos que, al combatirse y suplantarse los unos á los otros hasta alcanzar una forma de gobierno netamente popular, ó caer en un consulado que, como el de Bonaparte, preparara el camino del imperio, hubieran agitado todos los espectros del terror ante la incertidumbre. Era una encrucijada de la historia. Tan numerosos é inciertos resultaban los caminos que el porvenir alargaba ante los hombres, que no es de extrañar que éstos vacilaran. De ahí que sobreviniera una de esas bruscas é inexplicables crisis de tranquilidad, que son un fenómeno frecuente á raíz de las agitaciones desmedidas, y de ahí que volviera al fin todo á su cauce y se aplazara indefinidamente la solución del problema.

IX

Perplejidades de los jueces.

La agitación se mantuvo durante dos años y hubiera podido prolongarse mucho más. El miedo á la verdad complicó un asunto que empezó siendo un modelo de sencillez. Si el litigio se convirtió en campo de lucha de todas las pasiones, y si resultó difícil por entonces prever la solución, fué porque las cosas salieron del terreno del presente para hablar del pasado y del porvenir. No estaba en la mano de los jueces apagar y disolver tantos odios y tantas ambiciones contenidas.

Las perplejidades de los encargados de solucionar el proceso se explican por la misma confusión reinante.

—Supongamos—se decían éstos,—que ponemos en libertad á Dreyfus y castigamos à los que han contribuído á prolongar un error—ó en otro caso,—imaginemos que condenamos

nuevamente á Dreyfus y devolvemos la confianza á los autoritarios. Nadie, ni en un partido ni en otro, triunfara quien triunfara, aceptaría el fallo como justo. Las pasiones desencadenadas no se darían un instante de tregua. No, dirían los reformadores, lo que queremos es la supresión del ejército y la abolición de los tribunales de excepción; mientras haya un galón sobre un kepis no desarmaremos. Nosotros, declararían los conservadores, no tenemos gran interès en que Dreyfus muera en un calabozo; lo que pedimos es el imperio de la influencia del clero en las cosas de la Administración, y de la milicia en las cosas del gobierno; mientras un militar pueda ser criticado por un paisano y un sacerdote por un hereje, nada habrá concluído. Dreyfus, murmurían los judíos, no es toda la raza israelita; queremos que se nos otorgue la misma consideración que á los otros hombres; mientras nuestro origen sea un pasaporte de humillaciones, no dejaremos de luchar. Seguimos en la brecha, clamarían los bien intencionados, hemos rescatado á Dreyfus, pero eso no nos da derecho á descansar; todavía quedan muchas víctimas de la injusticia. Muy bien, concederían los patrioteros, pero no basta que se fusile á Dreyfus, es necesario que se guillotine á todos los que le han defendido; mientras se alce una de esas cabezas no reenvainaremos la espada. Y ninguna solución alcanzará un dècimo

de sufragios, porque cada una será combatida, no sólo por su núcleo de enemigos, sino por la casi totalidad de los que debieran ser sus partidarios. Todos los desenlaces tendrían el defecto de fallar sobre un caso particular, en un proceso que representa una guerra universal. ¡No basta solucionar el origen ó pretexto de la batalla para acabar con la batalla. Aparte de los nuevos motivos de discordia que pueden nacer en el curso de la discordia misma, la inmensa cantidad de fuerzas movilizadas y de intereses puestos en juego, no son simples comparsas que evolucionan en contra ó en favor de Dreyfus. Se les ha decidido á entrar en campaña en nombre de intereses personales ó colectivos, que se escudan á la sombra del proceso general, pero que no se identifican con èl. Y sólo en el caso imposible de dar á cada cual lo que ambiciona para sí, se pacificarían completamente los ánimos.

Porque es indiscutible que el asunto Dreyfus lo puso todo á prueba: el espíritu de las instituciones (la magistratura, el ejèrcito, la prensa, el régimen penal) los sistemas políticos (la república, el parlamentarismo, la monarquía, la dictadura, el comunismo), y las creencias (el catolicismo, el judaísmo, la franc-masonería, el racionalismo, el evangelismo). Resultó la manzana de la discordia que dividió la nación, la sociedad, la familia, los clubs, y las amista-

des y fué la piedra de toque de la existencia. Nadie podía pretender satisfacer pasiones tan antagónicas. Una sentencia no podía ser nunca una solución. De ahí que los fallos inseguros y contradictorios de los jueces, sean para quien los estudia hoy con el reposo de la casi posteridad, la bancarrota más completa de la justicia. Esta no se ocupó de descubrir la verdad, sino de contemporizar con los partidos. En vez de inquirir las causas del tumulto, sólo atendió á sofocarlo.

X

El miedo á la verdad

¿Pero, con qué fin, me diréis, se debatían tantas gentes y se lanzaban en horda á conmover la opinión y sacudir las conciencias? ¿Bajo qué empuje extraño temblaba la nación? ¿Qué había en el fondo de las palabras de los hombres? Lo que había era el deseo de fabricar una verdad relativa favorable á sus intereses. Casi todas aquellas gentes que se arremolinaban en la plaza pública ensordeciendo á la humanidad con sus clamores no estaban ocupadas en descubrir, sino en ocultar las llagas propias, las del grupo, las de la corporación, las del país y las de la especie, tratando de ahogarlo todo en la noche, de enterrar los cadáveres putrefactos de su vivir y de tender un gran velo de sombra sobre el pantano lamentable.

Ese mismo miedo á la verdad lo advertimos hoy en todas las manifestaciones de la vida.

En la vida íntima, cuando ante la falta de uno de sus miembros la familia prefiere ignorar.

En la vida pública, cuando el hombre que siente una urgencia, un peligro, ahoga su certidumbre para someterse á la ceguera y al error común.

En la vida mundana, cuando se sacrifica el amor propio y la sinceridad al temor del escándalo.

En la vida literaria, cuando se aceptan falsas reputaciones por no comprometerse combatiéndolas.

Y hasta en la vida nacional, donde vemos á menudo un pueblo entero ocupado en *preparar aparentemente* empresas que en el fondo no desea cometer.

LIBRO TERCERO

I

El tirano moderno

Redondo, jovial, con las mejillas rojas y los ojillos inquietos; importante dentro de su medianía, pasea el empleado público por las calles de la ciudad sus gestos maquinales y su alma ausente. Algunos parecen ponerlo en duda, pero ese hombre es el tirano de la nación. Gana dos mil francos anuales; vive en un quinto piso de Batignolles ó de Mont Rouge; va el domingo al café á jugar al tresillo; se acuesta á las nueve de la noche; es casado con una mujer flaca, de cabellos lacios, á quien llama *poupoule;* acaricia la esperanza de permitirse un hijo cuando le asciendan; lo tiene todo muy en orden, la cédula de vecindad, la papeleta de elector, la levita negra y el chaleco descotado que sólo viste cuatro veces al mes; pro-

clama familia en provincia y pasa su semana de vacaciones en el remoto villorrío; cultiva gran amistad con el almacenero, á quien relata, de tarde, al regresar, los crímenes que leyó en el periódico; fuma treinta paquetes de cigarrillos al mes; se muda camisa el jueves y el domingo; y es un ser borrado, impersonal, hueco y bonachón, que pasa inadvertido en las calles y en la vida, como los árboles y como las casas. Pero hay que verle de 9 á 12 y de 2 á 5 en la oficina donde vegeta, en su terreno de cultura. Los manguitos de lustrina y el gorro negro le dan su verdadero perfil. En esas prendas reside acaso su virtud, como la autoridad reside en el casco de los gendarmes. Con ellas el empleado inofensivo, se convierte en poder, en influencia, en *gobierno*.

En sus manos está la vida nacional. Cuando no increpa y desatiende al público, manipula en las profundidades de los archivos las montañas de mamotretos con esa lentitud grave que es la distintiva de la corporación. Parece que sus funciones consistieran en hacer lo menos posible en el mayor tiempo imaginable. Su tiranía se traduce en inacción. Es el intermediario pagado por la colectividad para interrumpirlo y detenerlo todo. Entre sus manos vienen á morir los procesos, las iniciativas, las reclamaciones, las denuncias, los descubrimientos, la fuerza, el progreso, la savia del país.

Centinela de la muerte, vela sobre el silencio y la inmovilidad, que él se complace en llamar orden. Para que una idea horade el muro espesísimo de fórmulas que el señor Empleado Público levanta, para que burle los lazos que le tiende, para que recorra los caminos peligrosos y complicadísimos que le obliga á seguir, es menester tanta perseverancia, tanto vigor, tanta suerte y tantos años, que casi no hay ejemplo de que la cosa se realice, y si ello ocurre, el señor Empleado Público abre los ojos como ante un hecho anormal. Cree haber faltado á su deber. A él le han puesto ahí para ser como una telaraña donde se quedan enredadas las cosas... Pero estos contratiempos no son frecuentes y rara vez interrumpe su buen humor. Hay que ver la sonrisa satisfecha con que sale al atardecer de la oficina, seguro de la gravedad de su misión, convencido de que es un resorte indispensable para la prosperidad del Estado. Los faldones de su jacquet flotan á la brisa como banderolas de triunfo. Su sombrero descolorido cobra reflejos vencedores bajo los últimos dardos del sol crepuscuiar. La calle estrecha por donde va y vuelve dos veces al día, parece ensancharse para darle paso. Y el peluquero, el sastre, y el farmacéutico de su barrio, que le consideran y le admiran, le saludan ceremoniosamente desde las puertas y le siguen con los ojos grandes, diciéndose con-

fusamente que de ese hombre que pasa dependen muchas cosas inaccesibles que ellos se atreven apenas á imaginar.

—No es malo este café—le dije ayer en la terraza por conversar algo.

—No es malo—confirmó reposadamente,—aunque sería de desear que la venta de estos productos no estuviera tan desligada de la Administración. Hay que combatir el desmigajamiento de las fuerzas. Es conveniente reunirlo todo en mazos simétricos. La autoridad es la base de lo que existe y de ella deben irradiar las cosas. Además, esto es demasiado fácil. Es inadmisible que los productos puedan pasar de una mano á otra sin un sello, sin una hoja de matrícula, sin recorrer una gradación de funcionarios, á la buena de Dios, como si fuéramos salvajes. En la complicación está la sabiduría. Los actos no deben ser ejecutados bruscamente. Una cosa no está madura para la realización si no ha tenido su expediente especial y no ha dormido algunos años en las oficinas. El mundo gira con demasiada rapidez. Hay que concentrar, hay que concentrar...

—Sí, si—dije yo para mi coleto—y hay que matar en germen..

Porque en las palabras del señor Empleado Público estaba la síntesis del centralismo que tanto daño nos hace.

II

El centralismo

Imaginaos una gran ciudad, un gran pulpo instalado en el centro de un organismo. Sus múltiples tentáculos de vías férreas que se extienden por todas partes y llegan hasta los límites, extraen la savia de las regiones y la acarrean confusamente al estómago vanidoso y voraz que se nutre primero y rechaza los sobrantes; que distribuye, que fiscaliza, que interviene, y que ejerce sobre la actividad nacional una influencia entorpecedora y debilitante. Las comarcas agonizan, las ciudades mueren de inanición, pueblos enteros se quedan estancados... No se oye más que las palpitaciones de la actividad que afluye y se abisma en la portentosa Babel que lo monopoliza todo. Es un corazón que se está comiendo el cuerpo, una idea que anula la frase que la exterioriza. Sólo hay vigor en ese centro; el resto del país espe

ra su palabra de orden para respirar. Eso es París.

Mas que por vicios de la Constitución, por vanidades de la costumbre, por vanidad del parisiense y necio acatamiento del provinciano, la vida entera de la nación está sometida á la de la capital. Las autonomías cantonales y departamentales pueden existir en teoría; en la práctica no hay cosa que no dependa de la ciudad-rey. El centralismo administrativo, la manía de ir á la zaga en las cosas de gobierno, ha dado lugar á una especie de ineptitud para la vida independiente, á una necesidad enfermiza de ir á consultarlo y á someterlo todo á la aglomeración central, aun cuando nadie ni nada pueda exigirlo.

Octave Mirbeau nos contó cierta vez la aventura de unos parisienses que desean pasar el verano en una playa normanda con el fin de comer carne y pescado fresco y el asombro con que descubren que el ganado y la pesca, en su casi totalidad, van á París, de donde vuelven el sobrante para llenar las necesidades de la aldea al cabo de una semana en el estado de conservación que todos pueden suponer.

Parece el caso una paradoja, pero es la verdad pura. La provincia, carne y nervio de la nación, cuenta por muy poco. La descentralización fecunda es considerada como una antesala del desorden. Se sigue el sistema de aque-

llas damas meticulosas que, en nuestra lejana vida colonial sud-americana, guardaban hasta las llaves del nicho del perro.

El francés tiene la vanidad de ser excelente administrador, y en realidad lo es. Nada iguala el talento con que sabe distribuir y ordenar. Las diferentes exposiciones universales bastarían para establecerlo. Pero es precisamente ese deseo inmoderado de reglamentación lo que echa á perder las cosas. La iniciativa personal, local ó regional se encuentra ahogada por las fórmulas y la lentitud de los procedimientos. No hay esa flexibilidad, esa espontaneidad, esa fuga juvenil que puede irizar el alma nacional y determinar nuevas floraciones. Todo está sometido á equidistancias que debilitan la vida.

Mis estudios sobre legislación obrera me dieron ocasión para observar el mecanismo interior de los ministerios y las reparticiones públicas. En busca de indicaciones y documentos, he entrado más de una vez á las oficinas y he palpado la inútil pesadez de esa enorme máquina vetusta que se come el dinero y las esperanzas de tanta gente. Yo también he hecho antesalas mientras un empleado superior acababa de leer su periódico ó contaba á un amigo sus asuntos particulares, yo también he peregrinado una hora de oficina en oficina para conseguir la entrega de un folleto de cuatro

páginas. Y en esos días pasados en la calle de Grenelle ó en el pabellón de Valois he sentido á mis expensas los efectos de la tradición que consiste en entorpecer, en impedir y en poner trabas á todo. Lejos de mí la idea de insinuar que un francés puede dejar de ser cortés y deferente con los forasteros. Todos los funcionarios hicieron gala de una buena voluntad y un tacto exquisito. Pero estas cosas no derivan de los hombres, sino de los sistemas. Por más deseos que tuvieran éstos de evitar las dilaciones, no podían lograrlo; porque dentro de la rigidez de lo establecido, las cosas tienen que seguir una ruta de la cual nadie puede separarlas.

Como en los cuentos de Alphonse Allais, para conseguir una hoja de papel secante el empleado inferior tiene que llenar una fórmula impresa que pasa á su superior jerárquico y de èste al director de la oficina, que la transmite á su vez al secretario de la sección, quien consulta al jefe del departamento, que previo dictamen del asesor, firma la orden para el mayordomo de almacenes, el cual retorna la hoja al jefe del departamento, que la despacha al secretario de la sección, que la dirige al director de la oficina, el cual la entrega al superior jerárquico para que la deposite sobre la mesa del escribiente dócil que ha secado durante una semana las planchas del presupuesto con las man-

gas de su camisa. Parece una extravagancia, pero resulta una imagen exacta de la administración. Quien haya visto estas cosas de cerca, no puede negar los males del centralismo.

Las mujeres nos revelan su alma con un movimiento de los labios, los pueblos con sus obras de arte y los gobiernos con su administración. Los proveedores del ejército ruso que se guardan el dinero y envían cajas vacías á las divisiones de Kuropatkin, traducen el espíritu egoista y deleznable del imperio autócrata, donde todo es permitido según la jerarquía. En la Francia del *petit commerce*, las cosas pasan, naturalmente de otro modo. Su administración traduce la parsimoniosa prolijidad, la desconfianza mezquina de la clase que gobierna. Claro que es preferible esta situación. Pero ello no nos impide entrever la posibilidad de una tercera en que, á igual distancia del desorden y de la meticulosidad, en plena zona libre, se simplifiquen los trámites, se supriman los impedimentos, se abra un camino de rosas á todas las actividades y se convierta la vieja máquina neumática administrativa en una buena incubadora moderna, capaz de hacer vivir lo que parecía agonizar.

III

Autonomías regionales

Cuando cada departamento y cada comuna se habitúe á proceder con entera independencia y á no esperarlo todo de arriba; cuando las diferentes regiones, en vez de aguardar á que se les aconseje ó imponga una reforma, la soliciten ó la implanten espontáneamente; cuando, sin romper la uniformidad nacional, se creen dentro del país diferentes focos de influencia cuyas irradiaciones coordinadas formen la fisonomía necesariamente múltiple de un gran pueblo, las naciones entrarán en una era de poderío y de esplendor.

En la literatura se empieza á manifestar una saludable tendencia á descentralizar. En Toulouse, en Nimes, en Lyon, se fundan revistas locales importantes que ensayan modalidades nuevas. La necesidad se hacía sentir. Toda la literatura francesa de estos últimos tiempos es

exclusivamente parisiense. La intelectualidad nacional parecía estar localizada en un solo centro. El resto de Francia dormía. La nación era como una gran cabeza cortada. Sólo ahora empieza á rehacerse y á vivir toda entera.

Entiéndase bien que no abogamos en favor del regionalismo, que es una de las formas de la decadencia ó de la reacción. Cuando los hombres empiezan á tener frío en la patria demasiado ancha y experimentan la necesidad de acurrucarse en subdivisiones exiguas, es porque en el cuerpo envejecido falta la savia ó porque pugna por resurgir un pasado.

Pero sin fomentar los patriotismos de ópera cómica, es posible despertar en toda la nación la fuerza expansiva, nivelar el progreso, y atenuar esas desigualdades incomprensibles que permiten á cien kilómetros de la capital, la existencia de aldeas desamparadas y casi muertas.

Hay regiones que no parecen formar parte de la unidad nacional. No porque hayan tomado otro rumbo en su desarrollo, sino porque han permanecido estancadas é inmóviles, mientras todo continuaba evolucionando y progresando en torno. Son como un brazo paralítico. La sangre no llega hasta ellas, no las vivifica, no las incorpora á la palpitación común. Y nada es más peligroso para un pueblo que esa vida parcial y fragmentaria.

Se me dirá que casualmente la existencia de

esas regiones extranjeras á la vida nacional, desmiente la enfermedad centralista de que me ocupo. Pero entiéndase que esas regiones no tienen vida, sino *sobrevida*, es decir, que se alimentan de recuerdos, repiten acciones mecánicas, pero no exteriorizan una acción actual. Virtualmente están muertas. Y si han muerto, ha sido porque el centralismo les impidió desarrollarse conformemente á su composición. Se las ha querido forzar. Se las ha torturado. Y el fenómeno se podía prever. No logrando crecer á su antojo, se han engruñido en sus recuerdos y han dormido.

No pretendo, demás esta decirlo, que el centralismo sea una enfermedad exclusivamente francesa. En nuestro siglo de ventanas abiertas, no hay nada rigurosamente privativo de una colectividad ó de una raza. El viento del intercambio ha dispersado las virtudes, las ideas, los vicios y cuanto caracteriza á los hombres. Sin embargo, algunas cosas no han sido distribuídas por igual. Hay naciones menos centralistas que Francia. Sea por su composición heterogénea, sea porque han entrevisto los riesgos de la extremada unificación, otras dejan ver mayor autonomía en las regiones, mayor iniciativa cantonal, y, sobre todo, mayor igualización de progreso. No queremos decir que esa sola circunstancia ha determinado su desarrollo. Pero es innegable que ha con-

tribuído á èl, porque ha multiplicado los focos de irradiación.

Estas razones se sienten pero no se dicen. Los escritores temen herir en cada país la fibra patriótica. Porque el patriotismo *ad usum* ha consistido principalmente, en todas las èpocas, en halagar los defectos nacionales y (como consecuencia de ello) en acelerar la ruina de los países. Faltan hombres audaces que rompan con la tradición. Es verdad que, después de consumada la obra, tendrían, quizá, que decir lo que cierto primer ministro escribía á su esposa en plena lucha: «Cuando se ha conseguido la victoria, se siente subir en torno el pantano glacial del odio y de la envidia; ya no se hace uno nuevos amigos, los viejos mueren ó se agazapan en su modestia agriada...» Pero reparar en tales cosas, es dar prueba de pusilanimidad. La hostilidad, la calumnia, el mal en todas sus formas, es algo así como la resistencia que opone el aire á la marcha de un vehículo. Basta un ligero vigor propulsor para vencerla.

LIBRO CUARTO

I

El adelanto material.

Los pueblos de filósofos y de retores como la Grecia fantasmal de nuestra edad antigua, sólo podrían mantener su plena autoridad en estas épocas complicadas y multiformes á condición de unir á sus excelencias metafísicas y á su superioridad pensante, una vigorosa juventud industrial, económica ó manufacturera, y un espíritu vivaz, siempre despierto, capaz de ir revistiendo, simultáneamente con las otras agrupaciones, las mismas formas externas, y los mismos refinamientos en la existencia material. Imaginar que un país puede contrabalancear con sus especulaciones trascendentales y con sus exquisiteces artísticas, el empuje absorbente de los que le rodean, es abandonarse

al imposible. La vida está hecha de equivalencias. Y el equilibrio es una paralelización de fuerzas anuladas.

Olvidando estos principios, ciertos pueblos latinizantes han conservado como recuerdo de su origen y de sus aficiones de varios siglos, una confusa tendencia á encerrarse en el ideal y á descuidar extremadamente las otras formas de la energía humana. En el momento actual algunos dejan ver un sensible achatamiento. Ello se transparenta hasta en los detalles ínfimos. Porque los maravillosos constructores de paradojas, obsedidos por las nubes, acaparados por preocupaciones altísimas, parecen considerar su paso por el planeta como una cosa provisoria que no merece grandes cuidados. No son, ni con mucho, filósofos estoicos, enemigos de la molicie. Pero la disposición que demuestran para los asuntos intelectuales, se transforma á menudo en inaptitud, así que atacan el abecedario casero de las necesidades cotidianas.

II

Pereza de las facultades creadoras.

Es evidente que la falta de esas comodidades, de ese *confort*, de esos perfeccionamientos incesantes y múltiples que exige el ser humano cada vez más complejo, más vibrátil y más alto, indica una interrupción en la fuerza ascensional de un pueblo. A una creciente superioridad de aptitudes, corresponde una más grande intensidad de progreso traducido en bienestar.

En determinadas comarcas, el hombre se siente acariciado por la facilidad de las cosas. Todo resbala y se ofrece.

En otras todo parece estar hecho de pedacitos. Falta la concepción audaz, la resolución franca. Se nota cierta mezquindad, cierta economía, cierto deseo de hacer de lo indispensable lo menos posible y de burlar la opinión, dándole la mitad de lo que aguarda.

No basta que una *élite* viva con el siglo. Lo que marca el progreso y la victoria es la difusión del bienestar dentro de las fronteras y lo que cuenta en los cómputos universales, es el término medio de la felicidad individual dentro de cada nación. La aristocracia rusa tiene las mismas costumbres refinadas que la aristocracia inglesa, pero eso no significa que ambos pueblos estén al mismo nivel. Lo que en aquel país es patrimonio exclusivo de una casta y forma como una isla dentro de la nación, resulta en èste extendido y común á un número infinitamente mayor de individuos. Lo que en Rusia sólo alcanza para perfumar la cima, resbala en Inglaterra por las laderas y florece la mitad de la montaña.

La cultura de las naciones puede calcularse por sus necesidades. Los pueblos que marchan á la cabeza, son tambièn aquellos en que se vive mejor, desde el punto de vista de la alimentación, de los transportes, etc... Las simetrías de la existencia quieren que á una superioridad de pensamiento corresponda una superioridad de vida material. Algunos desmienten esta regla. Y es porque sufren la influencia de un factor nuevo que está á menudo en contradicción con el espíritu general del país y que se llama: la falta de iniciativa.

Una revista de Viena, *Die Zeit* abrió una «enquête» sobre la influencia francesa en Alema-

nia. Los profesores, literatos y artistas consultados por ella hicieron respuestas evasivas, francas ó irónicas. Pero casi todos dejaron la misma impresión desconcertante. Alemania admira la intelectualidad francesa, pero se considera superior á Francia por su acción de conjunto sobre el siglo. Se defiende de lo que llama el «alma femenina» de París. El sentimiento del *deber* le da según ella la fuerza necesaria para obrar; mientras que el francés, escéptico, carece de motivos para sacrificarse. Francia es un niño travieso y sublime cuyo espíritu superficial no concuerda con la necesidad que dicen sentir los sajones de cosas fundamentales. Quizá exageran éstos un tanto la solidez que se atribuyen. Pero es lo cierto que en Berlín ó en Hamburgo se advierte más á menudo la titilación de un espíritu crítico constantemente despierto y aplicado á las cosas corrientes.

III

La iniciativa

La iniciativa es la renovadora de la existencia; la facultad con ayuda de la cual el hombre va haciendo entrar futuro en el presente. Sin ella todo permanecería estancado á lo largo de los siglos y las edades serían reproducciones pálidas de un eterno tipo ancestral. Es lo que pone en movimiento á las sociedades, lo que las da rasgos propios, lo que las hace cambiar de piel. La iniciativa no resulta por su esencia una cosa de conjunto, es una función personal. No es obra de los organismos, sino de las moléculas. Se traduce en una acción individual y constante que descubre circunstancias, analogías, procedimientos, disociaciones, matices, aplicaciones ó formas desconocidas, que después se difunden y aumentan el *haber* de la colectividad. Iniciativa fué la del primer hombre que hizo brotar el fuego, que esclavizó las

fugas del caballo, que impuso á los árboles la forma de una choza, que traspuso con un puente el imposible de los ríos, que experimentó las virtudes de una planta, que adivinó la rueda, que mordió una fruta, que modificó el traje, que se bañó en el mar, que podó un árbol, que se sirvió de un aviso, que imaginó un paraguas, ó que introdujo, creó ó aclimató algo inédito. Iniciativa es la del primero que puso un freno á la locomotora, que dió rueda libre á la bicicleta, que resolvió un perfeccionamiento en el servicio postal, que acortó la duración de un viaje ó que determinó cualquier mejoramiento de lo existente. Tener iniciativa es transponer la costumbre, ser más que un fonógrafo, razonar las cosas, vivir completamente. Los paralíticos de alma se contentan con la tradición; los hombres plenos ven á través de ella. Si lo miramos bien, la iniciativa no es más que producto de la curiosidad y de la lógica. Quizá entra en ella también un poco de presciencia y de adivinación. Pero es el motor supremo de los pueblos y su condición de triunfo. Cuando ante una escena ó un caso inesperado (haciendo abstracción de los grandes conflictos morales), un hombre no acierta á resolver lo que conviene y busca en el pasado un ejemplo ó un lazarillo, se puede decir que ese hombre decae. Ya no es capaz de saltar por sobre la dificultad para crear vida, Es un baldado... Juventud,

significa exuberancia, decisión y jaque á los imposibles. Los pueblos jóvenes y triunfantes son aquellos en que se oye el chisporratear de la inventiva, en que cada cerebro es un laboratorio de deducciones y de inducciones, en que se extrena una vida todas las mañanas, en que el hombre siente dentro de sí el fuego creador, base de la supremacía de la especie y origen de nuestra ascención interminable. Fuera de la iniciativa no hay más que estancamiento y derrota. Basta echar una ojeada sobre las naciones, para comprender la importancia de esta facultad que algunos consideran como subalterna y que es en realidad el origen de todo progreso. Si España pierde terreno, es porque ha descuidado la iniciativa. Mientras ella permanece anclada en sus costumbres, los otros pueblos continúan su marcha hacia el sol, algunos, como los Estados Unidos, con una rapidez grande. Porque en la América del Norte la iniciativa es el resorte principal. Una educación razonada y libre ha habituado á los hombres á la acción y les ha dado con la facultad del análisis la costumbre de la crítica y el deseo de mejorar las cosas. Todos concurren según sus facultades y en su esfera á empujar la monstruosa bola de nieve de la civilización. Así consiguen ir adelante en la fuga hacia los límites.

IV

La ausencia de «personalidad.»

No faltará quien argumente que unos pueblos han nacido con particulares aptitudes para los asuntos materiales y otros para los asuntos espirituales, que unos resultan excelentes administradores ó empresarios, y otros incomparables poetas ó filósofos, que aquéllos son la carne y éstos el alma de la humanidad.

No nos deslumbre la paradoja. La ciencia dice que todos, con excepción de los enfermos y los baldados, han nacido con una organización cerebral semejante. Si unos pueblos demuestran tener mayores preferencias por una cosa que por otra, ello depende de la educación que vienen recibiendo. Tan es así, que los franceses fueron un tiempo maestros en cuestiones que hoy resultan ajenas á su competencia. A una educación racional. deductiva, experimental, corresponden temperamentos curiosos, ra-

zonadores y atrevidos. De una educación de fuegos florales, no pueden salir más que excelentes retores mal preparados para la existencia moderna.

Es innegable que la falta de iniciativa de que nos ocupamos arranca del Liceo. Los sistemas pedagógicos en uso consideran al niño como un rodillo impresionable de fonógrafo. Sólo le piden memoria. Y esa anulación de la personalidad, que empieza en la escuela, se prolonga y se acentúa después en la vida.

Surgen hombres que no se atreven á desafiar la opinión. «Hacerse notar» es lo peor que les puede ocurrir. Por no «hacerse notar» se calla la boca el cliente á quien sirven en el restaurant un beafteak calcáreo; por no «hacerse notar» se corre y huye el transeunte insultado por el pilluelo; por no «hacerse notar» se ejecutan ó aceptan millares de cosas nocivas ó desagradables que nadie toleraría á solas, pero que todos acatan é imitan en público, terrorizados como están por la idea de diferenciarse de los demás.

V

Timidez material y moral.

Así se ha llegado casi á suprimir la afirmación. Quien sabe que está lloviendo, expresará su certidumbre en forma dubitativa: «parece que llueve...» Se me dirá que ello señala una gran moderación de carácter y una encomiable prudencia filosófica. Pero esa eterna fluctuación, ese estado neutro, esa incertidumbre, es, á la postre, muy nefasta. Los que triunfan son los campeones que blanden con denuedo la afirmación, esa espada del espíritu y los que, seguros de su razón, lo aprecian y lo resuelven todo individualmente, sin pasar revista á las caras de los demás.

Otras de las causas que dificultan la iniciativa, es la tendencia al ahorro y el temor que tiene cada cual de arriesgar su tesoro. Buena parte de los que poseen un pequeño capital que les permite una existencia mediana, prefieren

la chata tranquilidad del rentista, á las agitaciones, después de todo, viriles y saludables, de los que excusan en cierto modo su riqueza haciéndole producir, en una forma ó en otra, mayor bienestar para la colectividad. Los que no caen en ese vicio, emprenden negocios tradicionales y usados, en que las probabilidades de pérdida están reducidas al mínimum. Los más valientes se aventuran en expeculaciones de bolsa. Pero muy pocos inician esas empresas nuevas ó abren esos caminos inéditos, que dentro de la organización económica actual, contribuyen á aumentar la habitabilidad de un país. Falta la osadía y la confianza en las propias fuerzas. Intentar variaciones, abrir surco, comenzar algo, son cosas que parecen temerarias. Lo comùn es seguir por el camino conocido, á remolque de los muertos.

LIBRO QUINTO

I

La intoxicación literaria

La caprichosa que se entrega á todas las fantasías, el desequilabrado que condimenta su civilización con regresiones de barbarie, el adolescente vicioso, la compañera desleal y el sátiro estúpido, no son á menudo más que sugestionados de la literatura. El arte de escribir ha llegado á tanta perfección, que los lectores se identifican con los personajes de los libros, sufren sus sufrimientos, viven su vida, y adquieren naturalmente, por contagio, sus enfermedades morales.

La responsabilidad cae, en primer lugar, sobre los escritores.

Como el escándalo suele ser una vanguardia del éxito, éstos acumulan á menudo en sus

obras las peores enormidades, se torturan la imaginación para inventar nuevas pornografías y hacen gala de una lujuria estridente, imaginando con ingenuidad que cuanto más atrevidos sean, mayores probabilidades tendrán de alcanzar el renombre y la fortuna.

Pero también proviene este mal de los lectores, que padecen de una credulidad infinita y de una inagotable sed de sensaciones nuevas. El público toma casi siempre las imaginaciones por realidades, y se impone la tarea de experimentarlas personalmente, creyendo completar así su personalidad y vivir toda la vida. De ahí que el peligro esté casi tanto en la bobaliconeria de los que leen, como en la falta de probidad de los que escriben.

Lo peor de todo es que los entusiastas de la imitación, imitan en realidad muy poca cosa. Así como la mayor parte de las cartas se escriben para explicar por qué no se ha escrito, la mayor parte de los libros se componen para explorar con la imaginación lo que no se ha podido vivir. El público ignora esta circunstancia. Y el resultado es lastimoso. ¡Cuántas mujeres soñadoras ó sensibles han sido empujadas al error por la novela equívoca de una «bas bleu» burguesa que hacía una vida metódica y se guardaba de comprometer personalmente su felicidad! ¡Cuántos pobres de espíritu han cometido torpezas y han desbaratado sus

vidas, obsesionados por las creaciones inverosímiles de un autor que vivía aislado en un villorrio, bajo la férula de una esposa intratable! Si todos pudieran ver los entretelones de la literatura corriente y constatar que tal apologista del sadismo es incapaz de matar una mosca, y que tal entusiasta de Epicuro hace una vida de anacoreta, se desvanecerían inmediatamente estos peligros.

Pero la vida de los autores es casi siempre un secreto para las mayorías. Sin contar que la letra impresa tiene para algunos una autoridad inapelable... Los filósofos predican sin resultado. La multitud acomodada y ociosa, que lee los folletines, seguirá modelando ingenuamente su alma sobre la de los personajes de la ficción.

Y para agravar el caso, exteriorizará un criterio lamentable en las preferencias... Es desdeñosa con Jean Valjean, Jacques Froment ó el abate Myriel, pero se extasía ante el prestigio de Robert-Macaire, Gustavo el Calavera ó monsieur de Phocas. Parece que lo malvado, lo libertino y lo absurdo, ejercen sobre ella una fascinación singular.

También es verdad que en todas las grandes ciudades, y en París más que en ninguna, se despierta de una manera extraña el deseo de disfrutar de la vida. En cierta atmósfera enervante, «disfrutar de la vida» significa librarse á todos los excesos, dar rienda libre á la anima-

lidad, *subvivir*. De ahí la predisposición á aceptar como ejemplos á todos los baldados morales del hospital de la literatura contemporánea.

Y ello no marca, como se pudiera creer, una insurrección contra las supersticiones sociales y un empuje libre hacia la emancipación moral y material de los hombres. Si de ello se tratara, no criticaríamos el movimiento. Pero lo que esa mayoría desea no son personajes emancipados, sino personajes pervertidos. Presentadle una figura revolucionaria y libre en el orden sentimental, como en el orden político (Luc, de los *Cuatro Evangelios)*, y os convenceréis de que no es el ideal filosófico avanzado lo que la atrae, sino el instinto subalterno. De ahí que caigan en un error lamentable los que afirman que el inmoralismo literario no es más que una resultante de las teorías libertarias. Sobre cien lectores de Jean Lorrain, no hay veinte capaces de aceptar una reforma anodina como el divorcio. Por el contrario, parece que el libertinaje en las lecturas coincide con cierto espíritu hostil al progreso y á las reformas. El marqués de Sade era legitimista y conservador, Beaudelaire dió sus aplausos á las represiones sangrientas del 48, y el autor de las *Claudines* no está lejos de resultar enemigo del matrimonio civil.

II

Las consecuencias.

Son detalles anecdóticos que no tienen gran interès. Lo que importa es la influencia de la intoxicación literaria sobre las costumbres y sus resultados perniciosos para la vida de la nación.

Ello determina ante todo una falta de individualidad. Los hombres en vez de ser realmente como son, se eligen un carácter de novela que concuerda evidentemente con algunas de sus tendencias interiores, pero que las exagera y las literatiza. Esto sería encantador si los personajes imitados fueran generosos, audaces, justos ó altruistas. Desgraciadamente hemos visto que sucede todo lo contrario. Sólo los sentimientos perniciosos benefician del vidrio de aumento de la literatura. De suerte que los hombres renuncian á ser como son, no para

mejorar, sino para tornarse peores, enajenando su personalidad sin beneficio alguno.

Con la intoxicación literaria se han difundido muchísimas enfermedades que, como el misoginismo, la morfinomanía, etc., empiezan á menudo siendo *pose*, y acaban casi siempre en lamentable llaga crónica.

III

La juventud.

Esa fracción de juventud vieja, envenenada de escepticismos, rellena de malas pasiones, cínica, brutal, alimentada de cobardías morales y de ambiciones de ave de presa, que se ríe de la generosidad y que trata de hacerse un pedestal de la ironía, no es, en parte, más que una esclava de cierta literatura. Para estar á la moda, para ser «ùltimo figurín» de ideas, para alcanzar la satisfacción efímera y pueril de asombrar un instante á los compañeros, los recién llegados se apresuran á adoptar sin reflexión todas las extravagancias, como un campesino elige en la ciudad los trajes más vistosos. Muy pocos se interrogan y consultan su íntimo deseo. Los más ceden á la atracción de los brillantes falsos, y se libran sin freno á mil enormidades ridículas ó nocivas, que suponen ser la última palabra de la civilización. Lo han

leído en los libros y debe ser verdad. Para tener talento, es indispensable afeitarse las cejas, envenenarse con opio y tener una imaginación capaz de descubrir inagotables excentricidades. Para estar á la moda, es necesario ser moralmente viscoso Los héroes de las novelas favoritas están ahí para atestiguarlo. Y los pobres ilusos, después de haber quemado una vida ó un talento en fuegos artificiales, se aperciben (demasiado tarde, desgraciadamente) de su error. Pero les es imposible volver atrás. Están prisioneros de sus llagas, de su «literatismo». Pudieron ser fuerzas vivientes, brazos del porvenir, vigorosos removedores de ideal, pudieron trabajar por el bien común y por el arte, que se confunde en los límites con la justicia, pero tropezaron en el dintel con un mal autor y se desangraron en un baño frío.

IV

La mujer.

El ser que más siente los efectos de la intoxicación literaria es, naturalmente, la mujer. Impresionable, nerviosa, sentimental, tiene una predisposición rara á vivir de reflejo. La educación incompleta que ha recibido, la reclusión que le han procurado en sus primeros años, el mismo biombo de ignorancia que la costumbre coloca entre la vida y ella, la libran sin escudo á la fascinación de la existencia irreal y de la literatura. Sus instintos, su naturaleza, su alma ávida de horizontes, se ahogan en el limitado campo de acción que les concede la costumbre. De ahí una tendencia á vivir con la suposición, á alimentarse de ilusiones, á componerse una trastienda de vida puramente imaginativa, que exaspera la emotividad y se sobrepone á menudo á la otra, hasta falsearla.

Perdidas las primeras ilusiones, lastimada

por inevitables contrariedades, la mujer que, mal preparada por una educación absurda, ha salido de pronto al mundo como un ciego á la luz, parece consagrada á lo que podríamos llamar el «atolladero de Bourget». Esta situación clásica, creada por la organización social, se agrava hasta lo imposible con la lectura de las obras delirantes, que con pretexto de «reflejar costumbres», nos sirven los envenenadores del arte subalterno.

Ya hemos tenido ocasión de decir que muchas de las irregularidades que encontramos en la vida, han sido puestas en circulación por autores impacientes que, sin comprobarlas, las han creído posibles. El lector, á su vez, imagina que circulan, puesto que las halla reflejadas en el libro. Y de este círculo vicioso nace un nuevo motor del mal.

De más está decir que la mujer cae en èl casi sin saberlo. La existencia brillante, tentadora y romántica de las heroínas, las atrae de una manera singular. El lujo, el enredo, las aventuras, le ofrecen desde el arroyo la manzana de lo inexplorado. ¿Cómo asombrarse si cede á la tentación y rueda tan á menudo al abismo?

A decir verdad, «el abismo» empieza á ser en las ciudades modernas, un lugar muy habitable. El aflojamiento de las costumbres, la tolerancia, el escepticismo corriente, hacen que las transgresiones sean consideradas con cierta

indulgencia irónica. Pero de todos modos, avalorando los hechos desde un punto de vista superior, ello da nacimiento á una situación odiosa para la mujer. No es que soñemos hacerle reintegrar su prisión de la Edad Media, ni pretendamos dejarla momificada en su estado actual. Somos partidarios de un escalonamiento de nuevas libertades, que aumenten en ella el sentimiento de la responsabilidad y acaben por colocarla al mismo nivel que el hombre. Pero ha de libertarse completamente y no parcialmente. Su emancipación no ha de limitarse á las cuestiones sentimentales; ha de extenderse á toda la vida. Cuando una educación racional la haya colocado en buenas condiciones para llenar sus propias exigencias, para tener iniciativa y carácter, para orientarse y defenderse en el mundo, cuando (como empieza á ocurrir en los Estados Unidos) sea económicamente é intelectualmente la igual del hombre, no habrá ninguna razón para negarle la más amplia autonomía en las cuestiones sentimentales. Pero la emancipación que parecen reclamar ciertos autores, reduce ese ideal á un detalle y se obstina en el ensueño de una libertad fragmentaria, que, alcanzada así, sin una preparación anterior, sería perniciosa y contraproducente. La mujer no conseguiría más que agravar su situación subalterna. De ahí que sea fatal la propaganda de los libros que la inducen atur-

didamente á romper con todo, ó, lo que es peor, á forjarse una vida de duplicidades y de engaños. Porque ese es uno de los errores en que cae á menudo la mujer, mal aconsejada por los volúmenes de tapas amarillas. Supone que la libertad puede conquistarse con la disimulación, y no cae en la cuenta de que al enredar intrigas de teatro, se obliga á una cautela y un encogimiento de todas las horas, que son justamente la negación de la libertad. Porque la libertad no consiste en deslizarse en la noche por los caminos prohibidos, sino en poder recorrer esos mismos caminos alzando los brazos al sol y accionando sin limitaciones en medio de la naturaleza.

Dentro de la organinación presente, mientras la mujer no haya conquistado su independencia económica. todas las tentativas que haga en favor de la plena libertad sentimental á que tiene derecho, serán pasos dados hacia la venalidad

V

El literatismo

La intoxicación literaria no se manifiesta solamente en una inclinación enjosa hacia la falta de moral. Determina también otros males que voy á insinuar en cuatro líneas.

En algunos países la literatura ocupa un lugar limitado, insuficiente á menudo, en otros es un mar que lo cubre todo. Demás está decir que lejos de elevarnos contra la cultura y de quejarnos de que en un país se apasione el público por la belleza, deseamos que en todos los pueblos y bajo todas las latitudes experimenten los hombres sin excepción el divino deseo de leer y saborear las obras maestras, alma de la humanidad, grito viviente de la especie. Pero una cosa es el sentimiento de la belleza y otra es el «literatismo», una cosa es la necesidad suprema que sienten los hombres de traducir su

universo interior ó de descifrarlo con ayuda de la palabra, el color, la forma ó el sonido, y otra es la obsesión de diluirlo todo en retórica y de hacer con los hechos corrientes una desteñida y forzada resurrección de divagaciones y reminiscencias.

La literatura y el arte tienen su campo delimitado en las cimas. Tratar de introducirlos en la ciencia, por ejemplo, y de literaturizar, pongamos por caso, la química, es una enormidad. No diremos que se llega á tales ridiculeces, pero en determinadas regiones entra en casi todas las cosas un «bellofilismo» que las deslíe.

Lo pudimos ver durante la guerra ruso-japonesa. ¿Qué es lo que nos enviaron en muchos casos los corresponsales? Duele decirlo, pero fueron simples deberes de literatura, descripciones, palabrerías y comentarios que el público podía hacer muy bien solo, sin que le llevasen por el cabestro. Contados fueron los periódicos que nos dejaron saber exactamente cuantos hombres habían perecido en la última batalla y á cuantos kilómetros de Mukden estaba Kouropatkin. Porque eso era, al fin, lo que interesaba. Las reflexiones de X y de Z, sus vistas sobre el porvenir y la emoción que sintieron ante un templo chino nos tenían sin cuidado.

Es un detalle que da una idea de como está la vida nacional empapada y penetrada de lite-

ratura. Cuando nos ocupemos en otro libro de la educación de la juventud, tendremos oportunidad de poner en evidencia los efectos perniciosos del sistema actual que presta más atención á las llamadas humanidades que á las exigencias modernas, que atiende más á la muerte que á la vida. Pero en éste debemos evitar los derivados que nos harían perder de vista nuestro propósito.

VI

La profilaxia.

Hemos dicho que la intoxicación literaria proviene de dos cosas: la falta de probidad de los autores y la avidez con que devora el público todo lo picaresco. Es innegable que si èste no comprase los libros, aquèllos no los escribírían. Pero también es seguro que si aquèllos no los escribieran, éste se vería en la imposibilidad de comprarlos.

Dejemos á los prohibicionistas sociales la idea antiliberal y pueril de legislar sobre literatura y establecer un cenáculo de censores para resolver cuáles son los libros permitidos y cuáles los reprobados. Con ello no se conseguiría nada más que sentar un precedente detestable y peligrosísimo. La coerción, sobre todo en lo que se refiere á las cosas intelectuales, es la muñequita de vidrio de los pequeños hombres de Estado. Dejèmosles entretenerse con esas mi-

nucias, pero no les imitemos. Más que impedir, vale en nuestro siglo convencer.

Lo indicado para contrarrestar los perjuicios que causa la pequeña literatura de droguería, sería trazar un círculo de aislamiento é impedir el contagio por medio de una propaganda higiènica Ninguna medida administrativa podría conseguir lo que una campaña social llevada resueltamente por todos los que manejan conscientemente una pluma. Al mostrar la vaciedad, la triste y lamentable pequeñez de esa nube pasajera que ahora parece cubrirlo todo, al denunciar ese comercio de naipes transparentes, se lucharía en favor del verdadero arte.

VII

La belleza durable.

Varias veces se me ha reprochado mi inaptitud para comprender y saborear las monstruosidades de cierta literatura ultra-moderna. Es, quizá, una cuestión de temperamento. Desde que Nietsche ha proclamado la inexistencia del bien y del mal, y la inutilidad de todas las morales, nada es más común que declararse abiertamente partidario ó admirador de esos autores, que yo persisto en creer perniciosos para el progreso de la especie. Entiéndase bien que no los condeno á garrote vil. A mi juicio cada cual tiene el derecho de pensar á su manera ó de alimentar las preferencias ó los gustos que le cuadren; aunque ellos estén reprobados por prejuicios, que desde luego no comparto. *Pero creo que en todas nuestras acciones de hombres libres, debe entrar la idea del interés superior de la colectividad.* Si algo nos da fuerza

para seguir viviendo en medio de la fugacidad de las cosas, es la convicción de que formamos parte de un todo en marcha hacia los luminosos destinos, y que al desarrollar nuestro esfuerzo, ayudamos á determinar en las generaciones por venir el bienestar, el adelanto y la victoria de la especie. Esta convicción central de la solidaridad humana, es lo único que puede reemplazar en nosotros el espinazo místico que antes nos sostenía.

Ahora bien, todas esas desviaciones, locuras, obsesiones morbosas, alteraciones mentales, ó como quiera llamárselas, debilitan el organismo social. En vez de fomentarlas, habría que tratar de hacerlas desaparecer. No por la coerción, que no somos gendarmes, sino por la terapéutica. La humanidad tiene átomos enfermos que pueden ser asimilados y neutralizados por la plétora de salud del resto del organismo. El bienestar general lo quiere. Además, es una cuestión de estética. La belleza reside en los seres sanos, vigorosos, normales, bien intencionados, y no en los raquíticos, epilèpticos, brutales ó maniáticos. Tal y como la concibieron los griegos es la pureza y la serenidad de la línea, tanto en el carácter como en las formas. Pero, aún admitiendo que no fuera así y resultase más artístico el desequilibrio, no sería eso tampoco una razón para multiplicarlo en la vida. La tuberculosis da también á sus pri-

sioneros una fisonomía atrayente, y sin embargo nadie ha propuesto difundirla ó inocularla en las plazas públicas. Lo que hay de cierto es que lo *mièvre*, lo agradable, lo que sólo halaga un instante los sentidos, tiene que ser sacrificado en nuestras èpocas de la literatura sociológica, á lo justo y á lo eterno... ¿Que reniego la poesía? ¿Que olvido toda una falange moderna? Pudiera ser... Pero me queda un consuelo. Contra el marqués de Sade opino con Zola, y contra Beaudelaire estoy con Sócrates. Sin contar con que los ùnicos grandes artistas son los que, como Hugo, Cervantes ó Shakespeare, no necesitaron ni del opio ni del alcohol para imponerse á la admiración de las épocas.

LIBRO SEXTO

I

El café-concierto.

Cuarenta salas, grandes y pequeñas, elegantes ó primitivas, se abren en París todas las noches para vender al menudeo tres horas de canción, juegos atlèticos y exhibición de mallas. Desde el *Folies-Bergères* hasta el *Eden* de Belleville hay todo un escalonamiento de jerarquías y de públicos, de trajes y de costumbres, pero en todos esos focos de indolencia la mentalidad es igualmente subalterna. El café-concierto es una especie de ajenjo intelectual que todos absorben sin calcular los resultados, una nueva combinación imaginada para aturdirse y detener el pensamiento. Significa un paréntesis de vacío que no hace más que cosquillear los instintos y contribuir á des-

vencijar á esta pobre humanidad neurasténica. Las gentes que se procuran diariamente ese mareo, son simples suicidas morales. Y, á la larga, este sistema de espectáculos es para la colectividad una manera de desangrarse.

Entremos en una de las salas lujosas de los grandes bulevares, y observemos las cosas sin detenernos en las apariencias. Después de dejarnos invadir un instante por la atmósfera adormecedora de la extraña feria de luces, de colores y de armonías, aislémonos un instante (que sólo en la soledad volvemos á tomar contacto con nosotros mismos) y analicemos lo que nos rodea.

Primero la sala. Ese público sinuoso y sensual, escéptico é interesado, que se exhibe en almoneda y que forma un conjunto multicolor de pecheras inmaculadas, faldas de lujo, guantes de nieve, labios de carmín y grandes sombreros con plumas, es el mismo que vimos en Armenonville al regresar del Bosque, y el mismo que veremos más tarde al salir del *music-hall* en los cafés donde se cena; un público que vive de casualidad y de expedientes, un público de cuento de Jean Lorrain, que cree que el fin de la vida es ser feliz, y que, fúnebre á fuerza de divertirse, pasea bajo la luz blanca de los focos eléctricos su inconsciencia, sus bostezos y su desorientación, hundiéndose cada vez más y más en lo que le hastía, y arrastrando lasti-

mosamente su cuerpo exhausto y su vida inútil, al azar de sus caprichos de enfermo, entre el rumor de las músicas.

Son gentes que se han alejado de la vida por caminos de paradoja, hasta perder de vista las últimas torres de la verdad, y que se han compuesto una vida diminuta de alcoba que les anemia. Necesitarían pensamientos, doctrinas, ideales, esperanzas que les arrancasen á su muerte parcial y les reintegrasen, bajo el sol, en la plenitud de la vida; necesitarían la tragedia, el poema musical, el drama, el sainete mismo, para escapar al desequilibrio y volver á la luz... ¿Qué es lo que les ofrece en cambio el café-concierto?

Tras los juglares elegantes que sólo atienden á exhibirse en posturas académicas, tras el cancionista mundano que hace la apología de todas las traiciones, y tras la *gomeuse* provocante que repite un estribillo inepto guiñando al público y haciendo el ademán de contar monedas en el hueco de la mano, viene el plato de resistencia, lo que podríamos llamar la razón de ser de la velada, la revista ó feria final. El argumento, si podemos llamar así á una fábula absurda compuesta expresamente para dar pretexto al mayor número posible de *deshabillages*, es unas veces mitológico y otras contemporáneo, pero siempre se desvanece entre palabras para no dejar más que una neblina

de futilezas agradables, un tanto obscenas, á veces bien desvestidas, pero invariablemente desmoralizadoras y totalmente ineficaces para despertar un pensamiento. Ese desfile de mallas de color de rosa con sus coplas, sus decoraciones y sus bailes, puede resultar un instante un cuadro sonriente y acariciador, que no fulminamos porque somos artistas y no tenemos el alma inflexible y escueta de un viejo moralista gruñón. Pero es innegable que no es el espectáculo ideal para vigorizar el alma y elevar las aspiraciones de un pueblo. Se me antoja que ofrece ciertas analogías con las fiestas primaverales en que se complacían los últimos romanos. Y si hemos aplaudido cuando en 1900 los pintores montmartreses hicieron desfilar, en pleno día, por las calles y las plazas, á la verdad limpia y serena, en una cabalgata suntuosa que fuè un verdadero regalo para todos, no nos resolvemos á aprobar el remangar canallesco y el gesto equívoco de las Venus á medio vestir de los conciertos á la moda. Es una cuestión de matices.

Pero el mal no está únicamente ahí. En conjunto, el espectáculo es de una vaciedad lastimosa. Despues de pasar una noche en el *Music-hall*, el espectador no ha ganado nada y ha perdido bastante. No ha ganado nada, porque lo que ha visto no le ha dado base para inducciones, deducciones ó comparaciones de ningún

género, y porque esa espuma de champaña se ha desvanecido sin dejar, no diremos elementos de juicio, ni siquiera nociones ó enseñanzas para la vida, siendo así que todo es en ella fundamentalmente frágil, como un juguete de tres sueldos. Y ha perdido bastante, porque, sin contar el tiempo, ha dejado un poco de su optimismo para vestir la casaca gris á la moda. Como aventura excepcional, como fantasía de sobremesa, se concibe una noche de café-concierto, cual se concibe de largo en largo, un día de animalidad y de holganza. Pero á algunos les ocurre con él lo que con los excitantes: lo transforman en necesidad y en costumbre. Hay muchas gentes que no conciben más teatro que ese. La Comedia Francesa, la Ópera, el Odeon, son edificios históricos, cuya fachada ven al atravesar la calle sin detenerse nunca. Lo que les fascina es el lugar de olvido donde se canta en falsete.

Pero la virtud enervadora del café-concierto, se hace sentir con más intensidad cuando éste es de segundo ó de tercer orden. El alcoholismo resulta entonces un anexo de la diversión. En el fondo de Batignolles, en el barrio de los Gobelinos ó en el arrabal del Temple, hay más de una sala típica que ha inspirado á los pintores de costumbres algunas telas curiosas.

En una atmósfera de humo, que pone alrededor de las luces como un nimbo opaco, ante

una asamblea oleosa donde se habla fuerte y se ríe á boca llena, se alza el proscenio mezquino cuyo telón de boca se descorre dificultosamente para dejar ver una invariable decoración de jardín. Las galerías, la platea, los palcos *(deux francs, consommation comprise)* desbordan un público heterogéneo de obreros y de obreras que han venido en familia, algunos hasta con niños de pecho. Es una atmósfera sana y fuerte. Después de la labor diaria, los creadores de bienestar, los dominadores de la materia, estiran los músculos y le piden á la existencia una sonrisa. Pero, ¿qué les brinda el café-concierto? ¿En qué consiste el espectáculo? En estas pequeñas salas no hay como en los grandes establecimientos del Bulevar una revista cuyo esplendor puede procurar á veces una fugaz sensación de arte. El precio de la entrada no permite pensar en tales imposibles. La velada se reduce á una serie de canciones que son generalmente lo más torpe, lo más absurdo y lo más venenoso de la cosecha anual. No asoma en ellas un solo sentimiento noble, una sola claridad de alma. Todo se reduce á malicias, retruècanos crudos y ferocidades patrioteras. Porque esa agresividad delirante y falsa, que se traduce á veces en remolinos de locura que invaden la calle y amenazan la paz europea, es, en cierto modo, una resultante ó una prolongación de las insanías de café-concierto.

El gesto pueril del cómico que desde el estrado canta las glorias de la guerra y desafía y derrota á todas las naciones, se incrusta en la imaginación popular y se traduce luego en inconscientes bravatas que provocan á veces lamentables hecatombes. Un público insuficientemente preparado para discernir, tiene que padecer mucho con las burdas teatralidades que resultan á la larga su escuela de moral. La obrerita soñadora é impaciente que oye proclamar á la *diseuse* las glorias de la galantería, se siente naturalmente inclinada á lanzarse por los caminos que le reservan desengaños dolorosos. El obrero fuerte y confiado que asiste á la apoteosis de la violencia y de la matanza, se hunde más y más en sus regresiones y desoye la voz de los que le aconsejan la solidaridad y el internacionalismo. Porque en el fondo de cada hombre hay un equilibrio de tendencias buenas y de tendencias malas. El café-concierto deja caer el peso de su propaganda en el platillo obscuro. Y creyendo correr hacia la felicidad, hacia la gloria y hacia la luz, se hunden, á su invitación las multitudes en las tinieblas de una vida artificiosa, incongruente y baja, que no les da ninguna satisfacción, y que les hace lamentar al envejecer el desmoronamiento de sus esperanzas de espuma.

II

La perversión del gusto del público.

No hay ninguna población de importancia relativa que no tenga sus correspondientes cafés-conciertos. Parece que ello fuera una de las bases del vivir. Saborear una copa de alcohol mientras desentona en la escena una mujer de vestido corto, es la diversión más difundida. Ni la tragedia grandilocuente con sus personajes heroicos, sus damas enamoradas y sus cataclismos; ni la ópera con sus dúos de ideal, sus armonías conmevedoras y sus coros formidables; ni el drama moderno con su naturalidad y su brío; ni la ópera cómica con sus ligerezas sentimentales y sutiles; ni el vaudeville con sus entreveros y sus hecatombes bufas; ni el circo ecuestre con sus clowns de caucho consiguen seducir á esa muchedumbre displicente é irónica que ve desfilar á los cantantes entre el humo de los cigarrillos, oyendo con una indul-

gencia distraída, las canciones crudas y nerviosas del repertorio primaveral. La escena, tribuna franca desde donde se puede anunciar y preparar el porvenir, se rebaja así á un nivel inconcebible. Decid á esos espectadores que, mientras dormitan al compás de torpes estribillos, en otros teatros se desarrollan escenas impresionantes, decidles que mientras saborean las mondaduras del Bulevar, Ruy Blas gime, Fígaro ironiza, Cirano estalla, Margarita Gautier muere, Fedra llora, Carmen engaña y se burla Tartufo de los hombres; decidles que se hallan en contradicción con el fondo tumultuoso de las almas y veréis cómo se encogen de hombros y siguen aplaudiendo las lamentables coplas. El café-concierto les ha empequeñecido, les ha cortado las alas interiores, y sólo resultan aptos para apreciar las ilustraciones de libros de contrabando que mima en público una pobre *Friné* pintarrajeada.

III

La moral nueva.

Se dirá que nos queda un misticismo sin cánones y que defendemos la moral como un abuelo que sólo admite los domingos una hora de dominó; pero entiéndase que no son las preocupaciones ó prejuicios corrientes los que nos empujan, sino una concepción filosófica libre, que, aunque un tanto austera, se inspira en la razón y no en el tradicionalismo.

Las gentes simplistas resuelven estas cosas con una facilidad desconcertante. Para ellas sólo hay dos actitudes. Aceptar ciegamente lo sancionado y entregarse sin defensa á la tiranía de los muertos, ó levantar bandera de rebeldía y negar todo deber y toda limitación, entregando el hombre al instinto y haciendo la apoteosis del mal.

Nosotros entendemos que entre los dos ex-

cesos hay un punto de equilibrio y de justicia. La moral vetusta basada en proposiciones inexactas y apoyada por rancios silogismos, está en innegable contradicción con nuestra época experimental, en que la ciencia destruye día á día lo que aún subsiste de las interpretaciones ingenuas en que se complacieron nuestros padres, y en que nuestra actividad interrogativa va precisando por medio de deducciones y acercamientos, la verdadera esencia y la exacta finalidad de todas las cosas. Pero de ello no se deduce que tengamos que abandonar todo ideal, todo marco y toda norma, para librarnos á las pasiones del momento, que eso sería retrogradar quizá por etapas sucesivas á la animalidad primera.

El hombre trabaja por acercarse al tipo imaginario de perfección que todos llevamos dentro.

Para conseguirlo tendrá que romper con la moral sectaria existente y que evitar el peligro de resbalar, después de rotas esas ligaduras, de negación en negación hasta la bestia.

Se impone una nueva moral que sea el producto de la ciencia triunfante, una moral hecha de constataciones y de esperanzas de progreso, que resulte al propio tiempo una emancipación para el hombre y una barrera opuesta á las regresiones posibles, una moral de fundamentos y no de fórmulas y de palabras; una moral sin castigos pero con responsabilidades, una moral

altruista que, sin sacrificar á los individuos, los amalgame en una coordinación serena y alta. Es en nombre de esta moral revolucionaria y antioficial que condenamos al café-concierto como un espectáculo inferior, indigno de los futuros destinos del hombre.

IV

El peor disolvente.

La evolución que nos ha traído de etapa en etapa hasta el estado actual, tiene que seguir empujándonos cada vez á mayores perfecciones. El café-concierto es, más que un obstáculo á la depuración moral, un agente de retroceso. En los *Archivos de Psiquiatria y Criminología*, de Buenos Aires se publicó no hace mucho un notable estudio sobre los auxiliares del delito, y entre ellos figuraba el *music-hall* como una de las causas más poderosas de desorganización social. No estoy de acuerdo con todas las apreciaciones del Dr. Veyga, en quien se advierte cierta tendencia á confundir las preocupaciones sociales con la moral pura, pero creo como él que los directores ó comanditarios de esos establecimientos, pueden ser clasificados delincuentes, en cuanto concurren á perjudicar á la colectividad al mismo título que los que adulteran

productos alimenticios, defraudan los dineros públicos, difunden errores constatados, encubren ó facilitan bajas acciones, ó favorecen en cualquier forma el mal en beneficio de un interés egoísta.

El café-concierto es, desde luego, una enfermedad universal. En Inglaterra, en Alemania y en todos los países, hay innumerables establecimientos de este género, pero los franceses se llevan la ventaja en lo que se refiere á virtud venenosa. Por eso podemos hacer figurar especialmente al café-concierto entre los factores que contribuyen á debilitar á la nación y á colocarla en un estado de inferioridad. Él rarifica la atmósfera, él fomenta en los hombres una tendencia á verlo todo superficial, picaresca é indiferentemente, y él hace perder el gusto á las ideas trascendentales y definitivas. La inconsistencia de carácter, la falta de solidez nacional y de virilidad creadora, provienen, en mucho, del embotamiento en que yacen las poblaciones obsesionadas por los gorjeos del tablado.

V

La canción.

La canción es una de las manifestaciones más ingenuas y más encantadoras del alma popular. Hablamos de la canción sentida, de la que traduce emociones humanas, de la que, triste, amorosa ó burlona, da forma á la sinceridad de las multitudes. Los cantores ambulantes que se detienen al anochecer en el hueco de las puertas y entonan, acompañados por un violín gangoso, las estrofas sentimentales de *l'Etoile d'Amour* ó de *Bonsoir, Madame la Lune*, levantan inevitablemente un escalofrío de emoción y de ensueño, porque sacuden realmente el espíritu y evocan tesoros sentimentales que pueden callar en medio de la lucha, pero que mantienen siempre en el fondo como un mariposeo de luz. ¡Cuánta diferencia entre esas estrofas que, como las de la *Lettre de Colombine*, son á veces verdaderas obras de arte, y los de-

lirios disolventes de que venimos hablando. Oyendo las tenues y silvestres melodías que parecen compuestas con alas de perfume, y que traducen tan profundamente el espíritu de la multitud, nos hemos preguntado más de una vez, por qué se obstina el café-concierto en sus sensualidades mórbidas en vez de abrir las ventanas y dejar entrar ese torrente de vida alta y normal que se desprende del sentimentalismo anónimo del pueblo.

VI

Responsabilidades y deberes.

Se nos dirá que los empresarios ofrecen al público lo que el público le pide. Pero en este orden de ideas somos un poco escépticos.

Si el comerciante sufre la influencia del consumidor, el consumidor sufre también la influencia del comerciante. Entre ambos se establece un intercambio de irradiaciones. Admitimos que algunas modas han sido sugeridas por el público á los elaboradores, pero afirmamos que muchas otras han sido impuestas por los elaboradores al público. Sobre todo en una época en que florece la tiranía del «se hace así», y donde el cliente escucha al vendedor y soporta sus caprichos. De suerte que si el café-concierto ha tomado la forma lamentable que acabamos de ver, y si ejerce sobre la nación una influencia tan desgraciada, buena parte de la responsabilidad cae sobre los directores de esas em-

presas. Está probado que para despertar el interés del público, no es indispensable recurrir á la pornografía. Los mismos establecimientos podrían existir con menos daño para la colectividad. Un empresario inglés abrió el año pasado un *music-hall*, donde no hay ni canciones picarescas, ni obscenidades, ni sensualismo, ni patrioterías. La tentativa ha tenido éxito, y la sala llena atestigua que no está el pueblo tan contaminado como algunos se empeñan en afirmar.

Sin perseguir una moderna Esparta y sin dar en el ensueño de una perfección difícil de implantar entre los hombres, cabe limitar la propagación de las cosas nocivas. Tengo para mí que los pensamientos y los espectáculos de decadencia que parecen dar á ciertas naciones una fisonomía especial, traducen más que las tendencias de la población, el capricho de los que con ellos engordan. Sin embargo, siguen enervando é imponiendo impunemente á las agrupaciones una languidez que desentona en el borbollar de las energías de nuestro siglo.

LIBRO SÉPTIMO (1)

I

El alma española

Estudiemos el alma de nuestra propia raza.

En España no se quiere ni se desea nada; pero se espera todo. Es un resto de misticismo, es la supervivencia de la costumbre de decir: «Si Dios quiere». Ante el lujo alquilado de un entierro que pasa por los caminos pantanosos junto á la imagen de San Millán de la Cogulla, muchos conservan la esperanza de que el muerto puede resucitar—tal es la confianza general en las fuerzas desconocidas.—Pero ante un río que desborda, ante un muro que amenaza ruina, ante una cosa cualquiera que depende del vigor del hombre, todos se cruzan de brazos é interrogan al cielo—tal es la falta de confianza en las propias.—Por eso es

(1) Véase el apéndice al final de la obra.—(N. del E.)

que en España las cosas marchan casi siempre á la buena de Dios, sin que los humanos hagan nada para dirigirlas. No se cree en la eficacia del trabajo, pero se cree en la lotería.

Los españoles, tan celosos en apariencia de su personalidad, tan herméticamente enclaustrados en su terruño de pensamientos nacionales, son en realidad unos tímidos faltos de orientación, siempre dispuestos á dejarse seducir por lo que viene de afuera. Sólo que, como los comerciantes á la antigua usanza, esclavos de la pereza y de las fórmulas, esperan á que el *commis-voyageur* intelectual les lleve los pensamientos á domicilio. Así se explica la fama de que gozan en España ciertos productos intelectuales mediocres y el desdén completo en que se tiene á otros de superior calidad. Todo depende del embajador más ó menos oficioso que los ha popularizado en la región. El alma española es pasiva y no activa: admite, pero no busca; recibe, pero no solicita; comprende, pero no investiga. No siempre ha sido así. Pero hoy se hace sentir en ella la fatiga y la irresolución de la vejez.

El revolucionarismo es la inyección Brown Squard con que trata de reanimarse. Pero es un revolucionarismo enfermo también de abulia, que se manifiesta en sacudidas nerviosas, seguidas de largos períodos de abatimiento y que se traduce á menudo en travesuras pueri-

les, como la de detener la marcha de los tranvías. Una vez que han conseguido que los tranvías no circulen, los revolucionarios creen haberlo obtenido todo y haber cambiado las bases de la sociedad. Ello deriva quizás de que el español, que aprecia más la facultad de improvisación que el valor real de las cosas, se siente inclinado á las formas de acción que con poco sacrificio le dan en un momento dado la apariencia de la fuerza. Quiere que los gestos sean vistosos como los trajes. Ser de imaginación más que de razón, deduce consecuencias formidables de una mínima ventaja pasajera. Por un instante de triunfo ruidoso, sería capaz de sacrificar el porvenir.

El viajero que entra en España cree vivir en un país quimérico. Nada es allí más lógico que lo absurdo. Los fanáticos que pasan la mitad del día arrodillados en las iglesias, gritan á veces así que sufren un contratiempo las peores injurias contra la Virgen ó el Santo de su devoción. En las calles de Sevilla, durante las fiestas religiosas del mes de febrero, he asistido á algunas escenas que ponen de manifiesto un estado de alma singular. Dos cofradías que llevan su respectivo Santo en andas se encuentran al volver una calle. Ninguna quiere ceder el paso á la otra. Ambas sostienen que su Santo es el más milagroso y el más importante. De ahí una discusión, un clamor, y un entre

vero que acaba á menudo en grotesca batalla de cirios. Todo esto indica que la religión se ha hecho inmediata y subalterna. Dios está muy lejos. Lo que monopoliza la credulidad de las gentes son los santos, y, más aún que los santos, las imágenes. He oído decir corrientemente: «La Virgen del Carmen de esta parroquia hace más milagros que la de la parroquia vecina.» El egoísmo, el orgullo y la ignorancia subdividen infinitamente la divinidad. Cada cual cree poseer el mejor pedazo. Se tiene el patriotismo y la vanidad del santo bajo la invocación del cual se vive. Esto implica, naturalmente, el desprecio á los otros. En una riña con un vecino, el gañán andaluz se muestra seguro del triunfo, porque á él le protege San Benito, mientras que á su contrario sólo le ayuda San Jorge. Una curiosa expresión popular lo declara: «Mi Virgen se hace lustrar las botas por las otras Vírgenes.» Todo lo cual probaría que, más que fe y religión, hay en España fanatismo.

El café es para el español lo que el caparazón para la tortuga. Muchos de los que pasan por escritores, sólo lo son en Madrid porque han sabido elegir á tiempo una buena mesa en «Fornos.» Más de una fortuna se hace también allí. La actividad más genuinamente nacional es la que consiste en hilvanar largos discursos

y amontonar paradojas, dejando caer la ceniza del cigarro sobre una taza vacía.

Las mujeres españolas, que vemos inmóviles en los balcones como pájaros en los hilos del telégrafo, son un símbolo del alma del país, que espera á través de los siglos, sin saber qué es lo que espera. Su Mesías puede ser el Progreso ó la muerte. «Algo debe venir,» dice con indiferencia el hidalgo, envolviéndose en su capa raída. A ese «algo», él no le cierra el camino, pero tampoco le facilita la llegada. Vendrá cuando pueda, ó no vendrá. ¿Es urgente que venga?... Así naufraga en el desencanto y la inmovilidad el pueblo vigoroso y triunfal que fué un instante dueño de la historia. Nadie intenta una empresa, nadie imagina un perfeccionamiento. Parece que la consigna fuese engruñirse en lo existente y dormir, dormir el mayor número de horas posible para evitarse la tortura de pensar y ver las cosas como son. Porque el español se da cuenta de su derrota. Asiste á la agonía de su prosperidad sin ánimo para determinar una reacción, pero con lucidez, midiendo toda la magnitud del desastre. Es como esos jugadores desgraciados que no tienen energía para levantarse de la mesa de juego, aunque saben que están labrando su ruina. Esto da en cierto modo al carácter español el fondo de fatalismo que tienen los personajes de la tragedia antigua

II

Tipos y escenas

Cuando yo llegué á Madrid llovía á cántaros y como los coches estaban á gran distancia de la puerta de la estación tuve que calarme hasta los huesos para alcanzar uno. El mozo de cuerda que me llevaba el equipaje dió en jurar á grandes voces contra las maletas y los viajeros, exagerando el valor de su trabajo y lamentándose de su suerte, con el fin probable de obtener un suplemento de propina. Y de tal manera nos hizo ambular el cochero de fondas mal olientes, en hoteles destartalados y de posadas peligrosas, en innobles casas de huéspedes, que, entrada ya la noche, con el estómago vacío y el cuerpo cansado, acabamos por encallar en un hotel de la calle del Arenal, cerca de la Plaza de Oriente. Pero este paseo forzado por la ciudad, nos permitió observar algunos detalles

Primero, la candidez de algunos que creen poder engañar con malignidades infantiles. Oiga usted, señorito—nos dice un quidam en la calle,—¿quiere usted cambiar su reloj por este que es de oro macizo y vale 2000 pesetas?

Segundo, la prestigiosa superioridad del extranjero. Las pobres gentes que pupulan alrededor de las estaciones y las que aguardan á la puerta de los hoteles, le consideran como un ser superior. ¡Qué rico debe ser!—murmuran.

Y tercero, la universal omnipotencia del chiste. La vida española se traduce en chascarrillo. La razón, el derecho, la justicia, todo depende de juegos de palabras. Galdós lo decía en un artículo: «El cumplimiento del deber rige solo para los tontos y éstos, rodando los años, van siendo escasísimos. En cambio acrece prodigiosamente el número de hombres agudos, chistosos y neciamente prácticos...»

Esta localización del gusto en un humorismo primitivo, muestra una puerilidad que se confirma en todo. El español vive terrorizado por dos cosas: el contrabando y el duro falso. En la frontera, hasta los más inofensivos viajeros son observados con desconfianza. En las ciudades, hay muchos comerciantes al menudeo que se niegan á cambiar una moneda de cinco pesetas.

Y cuando no hay manera de rehusar, se li-

bran á investigaciones inverosímiles. La pesan, la muerden para ver si es de plomo, la hacen saltar sobre el mármol, examinan el borde, la comparan con otra y, ¡suprema ingenuidad!, acaban por preguntarnos, como un niño que reconoce su inferioridad: «¿Verdad que no me da usted un duro falso, señorito?»

III

Algunos rasgos

El español se burla del teatro francés que, según él, sólo agita un problema: el adulterio; pero olvida que su teatro gira también alrededor de un tema único: el casamiento.

No hay drama español en que no se cuenten las tribulaciones de dos novios que pasan por la escena envueltos en vetustas declamaciones de honor, que soportan mil artificiosos conflictos y acaban por casarse prosaicamente en un último acto de opereta.

El alma española no acepta las complicaciones actuales. Se complace en la simplicidad de los primeros tiempos. Si el teatro sigue la buena tradición de sus orígenes, es porque nadie pide más. Esta simplicidad de deseos sorprende en un pueblo envejecido. Se diría que ha saltado una etapa y que se seca sin haber madura-

do. Sin embargo, algunas manifestaciones modernas gozan en España de gran boga.

Los que esperan ganar la lotería ó los que aguardan una herencia, sólo llevan una frase en los labios: «Iremos á París». En las tinieblas de la vida monótona, la visión de la gran ciudad brilla de una manera extraña y tiene todos los prestigios.

IV

Estancamiento, pereza y pesimismo

Sin embargo, nada se hace en España por imitar á los que van adelante. Una de las características del país es el acatamiento. Las gentes se miran á hurtadillas, miden las palabras y se hacen, en muchos casos, una fisonomía artificial para no estar en contradicción con el medio.

Todo parece inamovible. Los trajes y los pensamientos están usados en los codos. ¿Quién se atreve á emitir una idea ó á emplear una palabra que no sea de uso corriente? El alma nacional está hecha de recuerdos. Es de mala crianza insistir sobre ciertas cosas, sobre todo en lo que se refiere al liberalismo y al anticlericalismo. Y es una mentalidad que domina de tal suerte, que hasta los más avanzados encuentran medio de contemporizar con ella. En mis frecuentes viajes á España he hablado con

anarquistas que negaban la familia, pero que evitaban mentar las cosas de la Iglesia. De la clásica noche española ha quedado como una neblina que todavía alcanza á cegar á muchos.

Escribir para el público, no es escribir lo que el público quiere que le digan, sino decir lo que el público necesita escuchar. Vale más arrostrar el desprestigio diciendo la verdad, que conseguir el aplauso repitiendo á sabiendas el error común. De ahí que me atreva á decir sobre España todo mi pensamiento, á pesar de las afinidades de sangre y de amistad que me ligan á ese maravilloso país. Pero en mi sentir la estimación y el respeto se prueban más con la sinceridad que con la hipocresía. Sin contar con que al estudiar el fondo del alma española llevo también el propósito de explicar así por herencia los defectos de los sudamericanos y mostrar en su mejor terreno de cultura el germen de algunas enfermedades que con mayor ó menor intensidad son comunes á todos los pueblos.

Cuando las gentes rehuyen en España una reclamación ó cuando nos quieren imponer algo, el supremo argumento consiste en decir: «Es la costumbre.» La costumbre es allá un hecho superior á los hombres y á la vida, una cosa perenne é indestructible que hace inútil todo razonamiento. Cuando se ha invocado la costumbre, ya no queda más que decir... Y de

«costumbre» se está muriendo el pueblo español, de costumbre crónica, costumbre de remover eternamente las mismas ideas, costumbre de oponerse á todas las reformas, costumbre de vivir de ilusiones y costumbre de esperarlo todo del Estado.

Porque cada español aspira á ocupar un puesto en la administración. El comercio no seduce á nadie. Un hidalgo puede recibir del pueblo menesteroso un sueldo anual por conversar y fumar en una oficina, pero su honor no le permite abrir un negocio, manufacturar un producto ó ganarse realmente ese dinero. . . .

Son supervivencias del tiempo en que España vivía de sus colonias, y en que los hijos de familia iban á Lima, á la Habana ó á Buenos Aires, á improvisar una fortuna en dos años, por medio de la exacción y del fraude. Cuando se acabaron las colonias, se marchitó España. Pero las costumbres siguieron siendo las mismas. Las gentes estaban habituadas á vivir de rentas y se aplicaron á extraer de la comunidad lo que antes extraían de las comarcas sometidas á su dominio.

Las dos ó tres provincias españolas que trabajan, tuvieron que alimentar al resto del país. En este punto el alma española es como la de esos nobles arruinados que se resignan á todas las privaciones á condición de salvaguardar su derecho á la inacción. El madrile-

ño, sobre todo, es de una pereza singular. En su cerebro caben todas las imaginaciones, su palabra construye y derriba, tiene rasgos de inteligencia que sorprenden, pero si alguien le invita á poner en práctica lo que acaba de expresar, aunque se trate de una manifestación platónica, es seguro que se negará á ello. Sabe hacer antesalas en casa del diputado para pedir una pensión, sabe acudir diariamente durante un año al ministerio para ver si le han nombrado aspirante con dos duros al mes, pero no le pidáis otra cosa. Cuando ha realizado esos actos transcendentales, autorizados por la tradición, cree haber hecho todo lo humanamente posible para salir del apuro. Si continúa en la miseria, será porque no tiene suerte...

Y la miseria se agrava, se difunde y se lo va comiendo todo. Las gentes han llegado á simplificar sus necesidades de una manera prodigiosa. La nación está enferma de anemia, porque en España se come menos y peor que en cualquiera otro país del mundo. Si los hombres han parecido adaptarse á la privación, la naturaleza no pierde sus derechos. Y nada es más doloroso que el espectáculo que ofrece una colectividad que se suicida lentamente, que se condena á desaparecer por desidia, por desgano, por miedo á la acción. No es inaptitud para la lucha; es una especie de entumecimiento de las facultades volitivas.

Todos están sumidos en un marasmo, que tienen quizá los atractivos del opio, pero que es fatal para la colectividad. Ello contribuye á explicar la lentitud con que se mueve el país.

Aunque las causas de esta decadencia son muy complicadas. El señor Sales y Ferré, dió sobre este asunto una interesante conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil. «Nuestras clases directivas—dijo,—son débiles, apocadas, improvisadoras, irresolutas y nada escrupulosas en el cumplimiento de sus deberes; en vez de consagrar su actividad al fomento del bienestar comùn, sólo se ocupan en aumentar el suyo particular. Asombra en los profesionales la codicia, en los funcionarios el amor á la holganza, en los políticos el culto al poder y al negocio; nuestros partidos políticos son agrupaciones artificiosas, personales, sin ideales, sin fe, que desmoralizan á los pueblos, con el espectáculo de sus mezquinas luchas y para quienes el poder es un botín que pueden repartir entre los suyos; el patriotismo no es un vano nombre para todos, altos y bajos, afectos á la tradición ó amantes del progreso; la patria es su persona; de ideales no se columbra ninguno; nadie levanta su pensamiento más allá del presente, ni por encima de su familia y amigos. el alma nacional, si todavía existe, no se la siente latir, y no quiera Dios que esa hojarasca de leyes que con tanta ligereza se afanan en fabri-

car nuestros legisladores, no sea el sudario en que hayamos de envolver el cadáver de la patria.» No es posible ser más pesimista.

Pero el pesimismo es también una de las distintivas del español. Parece absurdo que en el país del Sol, de los colores, y de los espectáculos al aire libre tengan las gentes un alma angustiada, sombría y predispuesta á verlo todo por el peor lado. Sin embargo, es un hecho. Interroguemos al primer transeunte sobre el tema del día y nos asustará con sus previsiones; nadie tiene en España esa tranquilidad y esa hermosa confianza de los pueblos sanos. Hasta cuando lo toman todo en broma, las gentes parecen lamentar implacables destinos. También es verdad que la táctica pesimista les permite prolongar el placer de no pensar. En vez de detenerse á examinar las cosas y formular un juicio, prefieren condenarlo todo con los ojos cerrados.

V

La edad media presente en los espíritus

El español no irradia; vive, de refracciones. De ahí su afición á los espectáculos, que le permiten dejar dormir el espíritu, ocultar su vacío intelectual, y acumular sensaciones sin sacar nada de sí mismo. Un joven escritor español, Angel Guerra, en un atrevido artículo sobre el carácter nacional, lo declara: «Van las muchedumbres á las plazas de toros á solazarse en las tardes de sol, tan amadas de los poetas, con la visión groseramente brutal, espantable en su aspecto, de los caballos destripados revolcándose sobre sus propias entrañas y de reses bravas hurtadas al campo, que caen heridas de muerte, sangrando á chorros en medio de convulsiones agónicas. Van también las multitudes tras ese espectáculo, inhumanamente horroroso, de los ajusticiamientos y giran en torno del patíbulo que alza en las plazas públi-

cas su siniestro proscenio, impacientes de que llegue el reo y la cuchilla ó la argolla comience su función homicida, para ver la mueca de horror, tal vez de asco, en que el pobre condenado entrega su último aliento de vida, delante una turba ebria de vino que no lleva un átomo siquiera de piedad en el corazón».

Es innegable que en todos los actos del español se nota cierta crueldad inconsciente de ocioso hastiado que ambula por las calles deseando que ocurra una desgracia para asistir á ella con las manos en los bolsillos. De los horrores de la inquisición, ha quedado quizá cierta indiferencia ante el dolor ajeno. Las gentes no se conmueven con facilidad. Pero esta dureza de sentimientos no se traduce tampoco en estoicismo. Y el español, sin ser pusilánime, teme el sufrimiento y evita cuidadosamente cuanto pueda interrumpir la calma de sus buenos ganduleos al sol.

Que en la vida española de hoy queda todavía mucho del espíritu medio-eval, es cosa que parece indiscutible. No lo decimos porque en un mitin antimasónico el presidente abra el acto en plena plaza pùblica «en nombre del Dios Padre, del Dios Hijo y del Espíritu Santo», ó porque en los avisos de defunción se declare que el niño X—«ha subido al cielo». Esas prácticas exteriores y esas fórmulas anticuadas podrían muy bien no ser más que un acto mecá-

nico, nacido de la costumbre. Lo afirmamos porque en realidad el alma española contiene actualmente, no en la exteriorización, sino en la esencia íntima, infinitas supervivencias de los siglos que pasaron. Lo que constituye el eje de nuestra vida de hoy, la preocupación constante en favor de la verdad y de la exactitud, el método experimental, la ansiedad de las certidumbres, no ha penetrado todavía en España.

Si las gentes discuten, es para ver quién es más hábil y más porfiado, pero no para averiguar dónde está la verdad. Esta es para todos una palabra de humo. Y lo que decimos de la verdad, podemos decirlo de la justicia. Porque en la conciencia popular española, el derecho es una prolongación del poder; y quien nada puede, no espera nada.

VI

Defectos y cualidades

A esto se unen otras particularidades. Decir: «¡calla!» es un argumento decisivo. Las pasiones parecen de una violencia inusitada y resultan de una inestabilidad infantil. El comercio y la industria no se conciben como grandes empresas, sino como prolijas y lentas transacciones de *gré á gré*. La vida toda, es un retrato antiguo. Sobre todo la vida interior, que ha quedado estancada en tradiciones seculares. Los métodos de razonamiento son infantiles. «Cuanto más católicos, más españoles; y cuanto más españoles más católicos,» dice la opinión general. Falta la flexibilidad de espíritu y la vivacidad de inteligencia que caracteriza á nuestro siglo. Las gentes tienen un cerebro amueblado

para largas discusiones teológicas, pero incapaz de comprender los resortes múltiples y complicados de la vida de hoy. Además hacen gala de obstinaciones incomprensibles. Ser terco es allá una recomendación. Están en la edad de piedra del carácter. El poder consiste más en la fuerza que en la inteligencia. Son unilaterales y limitados.

En la España convencional (artículo de exportación y cromo pintoresco que los cronistas extraen á menudo del almacén de accesorios de la literatura), en la España multicolor é inverosímil que nos sirven en el extranjero, el español pasa siempre sembrando heroísmos y larguezas con un garbo de gran señor. Pero en la realidad triste las cosas ocurren de otro modo. Lejos de ser un don Juan dadivoso, temerario y grandilocuente, el español es, en conjunto, un hombrecito prolijo que vive evitando las ocasiones de cambiar una peseta. No podemos reprochárselo, porque ello deriva quizá más que del alma nacional, de las condiciones económicas del país.

Si las colectividades prósperas se inclinan al derroche, las que están comiendo las últimas hipotecas tienen que resignarse á la economía. Pero en la misma minuciosidad y estrechez puede existir cierto espíritu ancho y dadivoso. Hasta cuando dispone de gran fortuna, el español se deja llevar á discutir el cèntimo. El mis-

mo que pierde grandes sumas en el casino de San Sebastián ó en otros lugares, regatea en Madrid, durante varias horas un objeto de cinco francos. Cuando gasta, es porque cree indispensable parecer espléndido.

El español tiene un orgullo hecho en cierto modo de la conciencia de su inferioridad. Sabe que va á la zaga de muchos pueblos, sabe que no está á la altura de la extrema civilización contemporánea y cuando le miran hace un supremo esfuerzo para erguirse. Tratando de disculpar ante sus propios ojos su situación subalterna, desprecia los progresos realizados en otras naciones como los niños fingen desdeñar el juguete que ven en manos del compañero. En todo ello entra también un poco de timidez, porque el español es, en contradición con el tipo clásico de las novelas internacionales, un tímido. Basta observarle cuando viaja. Si se declara hostil á los inventos recientes, á las complicaciones modernísimas y á los refinamientos en el vivir, es en muchos casos para no manifestar sorpresa, y sobre todo para ocultar que ignora la manera de servirse de ellos ó de aplicarlos. Comprende su insuficiencia ante la vida contemporánea y se avergüenza de ella, pero no hace nada por remediarla. Pasado el instante de incomodidad no se acuerda más del asunto.

Esta es otra de las distintivas del español: la

fugacidad de las impresiones. Es irritable, pero no es vengativo. En su corazón no duran las cosas mucho tiempo. Los sentimientos, violentísimos en un momento dado, se desvanecen y se borran con una facilidad inconcebible. De ahí la falta de prosecución en su vida. En general lo toca, lo intenta y lo ensaya todo, sin fijar su voluntad en un asunto, ni emprender una obra durable. Quizá es ello una consecuencia de la falta de voluntad que hemos constatado más arriba. De esta incertidumbre en la orientación, nace un desmigajamiento de la energía nacional que perjudica al país y da al carácter de sus habitantes una apariencia infantil, caprichosa y á veces absurda.

Pero, se me dirá, en vuestro esbozo no hay más que sombras. ¿Es posible que el español no tenga cualidades? Sí que las tiene y muy altas, pero son cualidades negativas, cualidades que sirven para hacer simpáticos á los hombres individualmente, pero no para crear con el conjunto una colectividad vigorosa y triunfante. El español es obsequioso, cortés, agradable, deferente, dócil, llano y sincero, pero esto no basta para defender el porvenir de una nación.

Como músculos de pueblo, no encontramos en él más que la fidelidad al terruño y la sobriedad. Con ello no puede defender su posi-

ción un país en nuestras épocas de denuedo industrial, de iniciativa febril y de lucha intensa. De ahí que podamos decir que la decadencia de España no es un resultado de sus derrotas históricas, sino de su alma nacional estancada, perezosa, inconsistente y romántica.

LIBRO OCTAVO

I

Reformas en la educación

Una modificación introducida hace poco tiempo en el programa de los colegios franceses suscitó un remolino multicolor de comentarios. Se trataba de imponer á las nuevas generaciones de una nación que hasta ahora puso su orgullo en ignorar la geografía, la tarea elemental de comenzar á deletrearla. Y no nos explicamos la emoción que provocó el asunto.

La medida resulta naturalmente un progreso apreciable. Conviene preparar á los hombres para vivir en el planeta. Pero si, desde el punto de vista de lo que no queremos es feliz, comparada con lo que perseguimos resulta insuficiente.

No es un detalle más ó menos absurdo dentro del sistema lo que urge modificar, sino las bases mismas de la enseñanza.

El pensamiento moderno, parcialmente libertado, ha alcanzado en ciertas esferas una altivez independiente que se acerca mucho al ideal, pero en otras continúa siendo prisionero de pasados siglos. Y lo más curioso es que las peores limitaciones y las barreras más duras están acumuladas precisamente en el dintel de la vida, como si se quisiera descorazonar y matar por atrofia ó por inacción la independencia de los que nacen. En vez de ser un campo abierto sin principio ni fin, la libertad ofrecida, la personalidad suscitada, la luz hecha, por los que están á los que vienen forma como un embudo, estrechísimo en la juventud, que se va ensanchando á medida que el hombre elimina los prejuicios escolares y que sólo tiene fin y permite evolucionar en pleno espacio cuando éste, habiendo destruído cuanto aprendió, se reacumula una educación nueva que le ayuda á descubrir al fin su personalidad, ahogada bajo las fórmulas de los *dómines*. Por eso es que conviene reaccionar en todos los países contra ciertos prejuicios fundamentales que á fuerza de ser antiguos parecen columnas necesarias. Salta á la vista que dentro del sistema actual todo concurre á multiplicar reproducciones de la mentalidad vieja ó copias anó-

nimas del maestro ó de la generación que dirige, pero nada tiende á hacer posible la germinación de almas nuevas, de cerebros autónomos que partiendo de la base de lo adquirido se lancen á audaces investigaciones. Nacemos á la vida intelectual ceñidos por un pasado, que, desde luego, no es imposible sacudir, pero que esteriliza nuestros primeros ímpetus, obligándonos á gastar las mejores energías en una tarea de deseducación. Porque si para los intelectualmente invertebrados los procedimientos actuales pueden ser útiles en el sentido de que los rellenan de aserrín enseñándoles el mecanismo de las tres ó cuatro coyunturas momentáneas de nuestra vida artificial, para los vertebrados resulta una barrera y una prisión, dado que en vez de favorecer el desarrollo individual de las facultades comunes las deforma, sometiéndolas á un molde único que casi siempre está en contradicción con las tendencias personales.

II

El espíritu de la enseñanza

Todo ello proviene quizá de que hemos modificado los detalles más abiertamente absurdos que se iban haciendo evidentes hasta para los retardatarios, pero hemos mantenido en su integridad los fundamentos del sistema. Ahora bien, la educación, que, fué en todos los tiempos obra y monopolio de los grupos teocráticos ó simplemente gubernamentales, sólo persiguió el fin de disciplinar espíritus y prepararlos para apreciar verdades preconcebidas. En el cerebro ininpresionado de los niños se hicieron entrar afirmaciones tercas y se anuló como cosa perjudicial cuanto había en ellos de verdaderamente superior y libre. Lejos de ser un acicate, la enseñanza fué así un reglamento de cuartel que esterilizó á los hombres, porque los dogmas oficiales apagaron en ellos todas las

visiumbres y nivelaron las inteligencias en la inmovilidad.

Entiéndase bien que no hacemos argumentos de sectario, dando un alcance de tiranía aristocrática ó religiosa á lo que no fué en conjunto más que una manifestación de esa jactancia inevitable en los pueblos que por lo mismo que apenas empiezan á vivir creen poseer verdades definitivas. Lo que nos mueve es hacer notar la vetustez de fórmulas que todavía circulan. Porque lo que resultaba explicable en aquellos tiempos, no lo parece hoy.

III

Los errores

Cultivar la memoria en detrimento de la iniciativa, es dar más importancia al pasado que al porvenir.

Imponer dogmas científicos, religiosos, ó sociales es *entrar matando,* es preparar á los pueblos para la fe y no para el libre examen.

Basar la instrucción en la disciplina, es llevar al niño á la libertad por un camino de bayonetas.

Distribuir una educación uniforme á la juventud de un país, ajustando á un tipo único todas las aptitudes, todos los gustos y todos los caracteres, es justificar rebeliones, porque ahogar una afirmación no significa favorecer el nacimiento de otra, sino llenar de odio la negación nacida con la muerte de la primera.

Dar premios y honores en cambio de buenos estudios es anclar en el dintel de las vidas la

imagen desmoralizadora de una humanidad inferior hecha de egoísmos que manipulan equivalencias, dejando sin aplicación ese resorte innato, que en algunos no funciona porque no rima con nada dentro del orden actual, pero que en todos existe y que se llama: el aplauso interior.

Y hacer pesar, en fin, sobre el que surge todo un sistema de obligaciones, amenazas y castigos, es alejar de la luz á los que de por sí vendrían á ella, si se les supiera interesar y retener despertando un lógico escalonamiento de curiosidades.

IV

Una empresa de deformación moral

Además, tal y como se practica hoy, la educación no es más que una empresa de deformación moral. Si en los textos de historia antigua asoma á veces un ejemplo estoico de desinteres, de altruismo ó de firmeza, ese ejemplo asoma como simple literatura ó como tropo de «humanidades», ahogado y desmentido en una atmósfera donde sólo ondulan gérmenes de interés, de vanidad, de temor, de disimulación y de instintos policíacos.

Muchos de los que me están leyendo recuerdan quizá sus primeras desiluciones en la escuela. Salieron del regazo caliente de la familia con el alma sana, generosa, leal y el primer dolor hondo, la primer adivinación de la vida la tuvieron allí.

El castigo, cuando lo recibieron por una transgresión propia, les indicó el camino de las re-

presalias; cuando fué, como ocurre á menudo, por una culpa ajena, les reveló el horror de la injusticia. Premiados á veces por un acierto casual, desmoralizados por la impunidad de los hábiles, desanimados por un programa que no respondía á sus inquietudes del momento, acabaron por considerar la escuela, primero con desgano, después con hostilidad y con odio al fin. Antes de conocerla, solicitaban entrar; cuando la vieron por dentro sólo pensaron en buscar ardides para evitarla, resbalando así inconscientemente y á pesar de ellos mismos hacia la disimulación y la hipocresía.

Porque las males pasiones que nos complacemos en llamar *humanas* y que á mi modo de ver lo son tanto como puede ser *normal* la fiebre amarilla (ya hemos visto en Cuba que basta una higiene rigurosa para acabar con ella), no son realmente carne del hombre. Son enfermedades que le transmitieron desde la niñez los que le rodeaban (los cuales las adquirieron á su vez siendo niños) ó vicios que impone una situación insegura, nacida del conflicto entre una tiranía y un deseo.

Para obtener hombres sanos, bastaría dificultar en la niñez el contagio del mal ejemplo, evitar la coerción que es fuente de todas las delincuencias y hacer ver á los que de algún modo influyen dentro de la órbita educativa la importancia singular y las prolongacio-

nes graves de sus menores acciones. Porque el profesor que al castigarnos en público nos torna desvergonzados, así como la nodriza que nos enseña á mentir asustándonos con el Ogro ó el pariente que nos inculca la idea de la venganza esbozando el gesto absurdo de castigar á la piedra que nos hizo caer, ignoran que ese incidente, almacenado en el recuerdo, puede rebotar al cabo de diez años en forma de cinismo, de falso testimonio ó de atentado criminal.

V

Algunos puntos

Volviendo á la educación en sí, tratemos de precisar algunos puntos.

Cuando el niño sale á la vida lleno de curiosidades, cuando todo en la naturaleza le arranca interrogaciones llenas de originalidad y de audacia, cuando pide que se le explique la lluvia, el fuego y el secreto de la locomotora, cuando nos pregunta cómo crecen los árboles, cómo se hace el pan, y de qué abismos surge el globo rojo del sol, ¿qué es lo que hacemos con él? ¿Resolvemos sus dudas? ¿Le ayudamos á deletrear las cosas? Jamás. Lejos de hablarle de lo que le interesa, le obligamos á repetir vaciedades que no agitan nada en su espíritu. Le compramos un cuaderno, le sentamos en un banco duro ante una mesa muy alta y le obligamos á escribir cien veces en letras gordas: «Bonaparte fué á Egipto.» ¡Que el niño se dis-

trae y comienza á hacer fantasías en el papel? Falta grave. ¿Qué signe el vuelo de los pájaros que saltan en los árboles del jardín? Falta grave. ¿Que pregunta por qué no se encienden también las estrellas de día? Falta grave. La severidad de la educación está ahí para recordarle su deber. Todas las curiosidades son devaneos; lo que importa es que Bonaparte haya ido á Egipto... En vano ensaya el infante toda su voluntad, con esa premura dócil y blanda de los adolescentes. La frase no lo cautiva y su atención vuelve á desviar á pesar suyo. Pero el educador insiste. Aunque el niño no sabe todavía nada de nada, es necesario que aprenda á escribir. ¿A escribir? ¿Para qué, sino tiene ideas, ni conocimientos, ni emociones? La escritura es un instrumento para expresar lo que vemos ó lo que pensamos. ¿Si no comprende ni piensa nada, de qué le servirá escribir? No importa. Nuestros didácticos se apresuran á construir primero el puente, el río vendrá después. De todo lo cual resulta que el niño para instruirse tiene que aprovechar los entreactos de la educación y procurarse ideas de contrabando recogidas al azar, con todas las salpicaduras del arroyo. El maestro sólo está ahí para imponer á la redonda una bella letra uniforme con perfiles académicos. En cuanto á pensar, eso no tiene importancia. Sin embargo, insistiréis, ¿qué traducirá el niño en su escritura? Tranquilizaos.

Para utilizar su destreza manual se le enseñará más tarde todo lo que no tiene aplicación en la vida. Sabrá lo que es un subjuntivo y un pluscuamperfecto, sabrá extraer la raíz cúbica de un número, sabrá cuantos hombres murieron en la batalla de Salamina, y hasta sabrá hacer citas en mal latín. Pero, ¿quién le enseñará á raciocinar, á vivir, á comprender el mundo en que se desarrolla? ¿Quién pondrá á su alcance una síntesis de la naturaleza y de las costumbres para que él saque de allí su existencia personal? Nadie. Eso lo ha de aprender solo y á hurtadillas. Lo que urge es recordar fechas y nombres. «Aníbal nació 247 años antes de Jesucristo». «Luis IX desembarcó en 1250 en Palestina». Lo de saber qué fué lo que representó Aníbal en la antigüedad y qué causas hicieron posible el advenimiento de un monarca como Luis IX, se queda para cuando, despertado de su sueño dogmático por algún accidente de la existencia, se entregue á hacer investigaciones personales. Y eso sólo ocurre por casualidad. Porque desde el principio hasta el fin, la escuela se ha aplicado á adormecer su iniciativa, á no despertar en él una sola idea, una sola vislumbre, un solo rayo. La consigna fué siempre: desdeñar la personalidad y ocuparse sólo del fonógrafo.

VI

Los viejos métodos

Se podría decir que si no hay en el mundo más hombres de talento, es porque es difícil que vuelva á brotar lo que nos extirparon en la escuela. No porque exista el propósito absurdo de obtener ese resultado, sino porque, inconscientemente, por respeto á la tradición y por apego á las fórmulas, se sigue aplicando en nuestra aurora de libertad el mismo método que sirvió en otros siglos para prolongar las tinieblas. Los meritorios profesores no hacen más que obedecer à un reglamento y á un programa que no está en sus manos rejuvenecer. Muchos de ellos comprenden y reconocen el error que se ven obligados á difundir... La raíz del mal viene de los que pasan por los ministerios y por las altas esferas de la Administración sin más ideal que asegurar el movimiento monótono de la vetusta noria.

La pretendida enseñanza laica no es en cierto modo más que una repetición de los métodos congregacionistas ó conventuales. Se ha dado más lugar á las ciencias, pero el andamiaje es

el mismo. Apenas se han hecho en ella las modificaciones indispensables para saciar las aspiraciones del partido que se apoderaba del gobierno. Sigue siendo un cañón que antes apuntaba hacia un lugar, que ahora apunta hacia otro, pero que siempre es un arma de combate que tiende á derribar adversarios y no á suscitar hombres.

Por eso podemos decir que la médula, y los principios directores de la educación que nos ofrece hoy el Estado en todas las naciones, difiere muy poco de la médula y los principios directores de la enseñanza teocrática. Con nuestro apresuramiento infantil y nuestra sumisión á las apariencias, hemos creído que para modificar la educación bastaba poner la química donde estuvo la historia santa, y no nos hemos dado cuenta de que al obrar así no hacíamos más que modificar la fisonomía de un sistema cuya alma, cuyos escalonamientos, cuyos recursos, cuyas tendencias y cuyos fines seguían respondiendo á la idea inspiradora de los que lo fundaron y no se conciliaban de ningún modo con el ideal colectivo de la sociedad contemporánea que debe ser libertar á las inteligencias de todo yugo, prepararlas para dar su rendimiento de la manera más propicia y suscitar, dentro de la razón, las más audaces empresas individuales.

VII

La educación futura

Cuando á los gobiernos de transición entre un siglo y otro sucedan los mandatarios que traduzcan ó se adelanten á las aspiraciones del día, se abrirá inevitablemente tanto en América como en Europa, una era nueva para la educación. Lejos de prohijar tímidamente pequeñas reformas de detalle, los hombres removerán los cimientos y reconstruirán, de acuerdo con nuevos ideales, un edificio sostenido por la lógica.

Se empezará por hacer conocer familiarmente al niño la estructura, las particularidades, la pequeñez comparada y los recursos del planeta en que va á vivir, se le hablará de los animales que lo pueblan y del hombre en particular, insinuándole su origen, su evolución, su poder y sus finalidades posibles; se le explicarán los fenómenos astronómicos más inquietantes de manera de evitar que se «patriotice»

en el planeta y con el fin de anclar en èl la idea de su pequeñez; se le hará ver al mismo tiempo con ejemplos accesibles la posibilidad de un progreso ilimitado que llevará al hombre á apoderarse del universo; y después de haber robustecido todos los buenos instintos por medio de las consideraciones que nacen de los hechos más inmediatos de la vida diaria, se le empezará á exponer gradualmente los elementos de las ciencias conocidas, con ayuda de las cuales podrá él á su vez, en el terreno que le delimitan sus aptitudes, ganar terreno á la noche.

La escritura, en vez de ser una patente de educación, será, dentro de todo eso, como la estenografía ó la dactilografía, un arte auxiliar, un simple instrumento al servicio de la inteligencia creadora.

Tales son á nuestro modo de ver las necesidades de la hora presente en lo que se refiere á la educación. Quizá, influenciados como estamos por el sistema antiguo, no alcanzamos á adivinar de lleno las lejanas perspectivas. Quizá vamos más allá de lo que nuestra generación puede entrever. Pero al dudar de nosotros mismos, lo hacemos con más orgullo que modestia, porque recién empezamos á ser superiores cuando nos damos cuenta de nuestra inferio ridad

CONCLUSIÓN

Hay generaciones condenadas á ser intelectualmente estériles, más por imposición del medio en que actúan que por insuficiencia propia. Los hombres de pensamiento y de palabra, que hoy tienen de cuarenta á cuarenta y cinco años, son en general una confirmación de este aserto. Demasiado «actuales» para identificarse con los de más de sesenta que están á la sazón en el gobierno; muy «antiguos» para fundirse con los de menos de treinta que venimos preparando el porvenir; sin personalidad histórica; sin acción de conjunto en la vida; se ven obligados á ponerse á la zaga de los unos ó de los otros, porque la humanidad avanza en saltos, devorando etapas, y no hay lugar para un matiz de transición entre el crepúsculo que muere y la aurora que se anuncia. En vano pugnan por delimitarse un terreno propio y arbolar una bandera diferente. Cogidos entre dos fuerzas, disputados por dos imanes, nunca podrán eri-

girse en punto de atracción. Las leyes sociales les condenan á desaparecer como conjunto y á secundar el esfuerzo de las generaciones favorecidas, aceptando así un papel de sacrificados ó de mártires. Porque al unirse con los de ayer, se obligan á sobrevivir á un régimen, y al plegarse á los de mañana se condenan, (adelantándose á un estado de cosas que no verán realizado), á vivir en el ostracismo de los precursores. Sin contar con que, inusitadamente vivaces en un campo y lamentablemente tímidos en el otro, acaban siempre por hacerse sospechosos aquí y allá, poniendo en todas partes de manifiesto la confusión de sus tendencias y su falta de ubicación dentro de la vida.

Pero el mutismo forzado de una generación, su impotencia irremediable ante los hechos, y hasta la obstinación estèril, mediante la cual trata de sobreponerse á su destino, no harán más que aumentar las responsabilidades supremas de los hombres jóvenes que deben dar forma al porvenir. Al entrar en acción, tendrán éstos que saber mantener, ante todo, cierto equilibrio entre lo que crean y lo que destruyen. Lejos de la concepción simplista que pudiera llevarlos à pretender substituir un mundo por otro, se verán obligados á combinar las supervivencias inevitables de lo que se va con las exigencias ineludibles de lo que se impone. Sólo harán obra útil si, á igual distancia de las

timideces y de las imprudencias, saben ser tan revolucionarios para concebir como serenos para realizar. Porque si bien la audacia de las concepciones tiene que ser apoyada en ciertos casos por la de los procedimientos, cuando éstos son sistemáticamente bruscos, cuando no se amoldan á las exigencias del instante, acaban á menudo por comprometer hasta el éxito de lo que más seguro se tenía. De ahí que los hombres de mañana, sobre los cuales pesará la inquietud y la incertidumbre de los conflictos que habrán provocado y que urgirá resolver, deban dar prueba en toda circunstancia de una flexibilidad y de una perspicacia singulares. Su situación de exploradores les obliga á una vivacidad constante para poder utilizar todos los resursos, ganar terreno y triunfar. Que los ideólogos y los unilaterales son excelentes obreros del ideal en épocas de preparación y propaganda; pero cuando se empieza á trabajar sobre los hechos y á traducir en sistemas aplicables y en resoluciones concretas las aspiraciones comunes, cuando el ensueño madura y se transforma en vida, cuando las visiones nuevas se superponen á las antiguas sin borrarlas completamente, cuando llega, en fin, el instante supremo de la metamórfosis, es necesario tener siempre en cuenta las posibilidades. Pero entiéndase bien que esta reserva ha de ser hecha de equilibrio y no de debilidad. Porque la des-

treza no consiste en contemporizar con los prejuicios y en mezclar partes iguales de verdad y de error, sino en hacer triunfar todo el ideal posible sin exponerse á retrocesos.

Las enfermedades sociales que hemos apuntado ligeramente en este rápido estudio, derivan desde luego casi exclusivamente de un mal único; el viejo régimen capitalista que urge reemplazar por una organización más de acuerdo con la cultura del siglo. Pero aún sin destruir las bases esenciales de lo existente, sería posible escalonar rêformas hasta hacer desaparecer algunos de los errores apuntados, preparando así el camino á la inevitable evolución que debe transformarlo todo. Porque esos sentimientos innatos de justicia que no conseguirán detener los superhombres de cartón cuya vanidad cabalga sobre el vacío, acabarán por imponerse á la versatilidad de las masas, más indiferentes que culpables. Y es seguro que asistiremos á un despertar resplandeciente.

Por eso hemos intentado precisar algunos puntos. No por vano orgullo de parecer conducir ó gobernar, sino en cumplimiento de un deber imperioso é ineludible. En las épocas tumultuosas y atormentadas porque atravesamos, todos debemos aspirar á ser maestros de vida. Si creemos poseer una verdad, estamos obligados á difundirla en las conciencias. Si nos parece conocer el buen camino, nada nos pue-

de eximir de indicarlo y tender la mano á los demás. Que somos obreros de una labor común; y al combatir por el triunfo definitivo de la especie, no hacemos más que aumentar la dignidad del hombre que ha nacido para doblar los imposibles, ensanchar su imperio, depurarse indefinidamente, imponerse á la naturaleza, y —como aquellos guerreros antiguos que humillaban al sol en las batallas,— atar al fin á la cola de su caballo el carro obscuro de la creación.

París, abril, 1906.

FIN

APÉNDICE

APÉNDICE

Para nadie mejor que para mi querido amigo Manuel Ugarte, dijo el gran Buffon, en su discurso de recepción en la Academia Francesa, que el *estilo es el hombre*. El autor de este libro, gran corazón y cerebro privilegiado, se muestra tal como es en todas sus obras, y más que en todas, en la que tiene el lector ante su vista. Si fuera posible admitir la exageración en la honradez de conciencia y en la consecuencia consigo propio, el ilustrado escritor argentino, con cuya amistad me honro, sería, en este concepto, un exagerado.

Bien lo demuestra al decir en la página 164 de este libro:

«Escribir para el público no es escribir lo que el público quiere »que le digan, sino decir lo que el público necesita escuchar. Vale »más arrostrar el desprestigio diciendo la verdad, que conseguir el »aplauso repitiendo á sabiendas el error común. De ahí que me atre»va á decir sobre España todo mi pensamiento, á pesar de las afini»dades de sangre y de amistad que me ligan á ese maravilloso país.»

Y efectivamente: dice de España todo lo que piensa, y fuerza es reconocer que casi todo lo que piensa es verdad; verdad algún tanto dura, si se quiere, pero verdad, y magistralmente dicha.

Y es que Ugarte es un observador profundo, sutilísimo y sagaz; es lo que podríamos llamar un anatómico del alma de los pueblos;

su pluma raja, destroza, analiza y diseca; después, con el hecho palpitante aún y sangriento como un miembro mutilado, yérguese altivo, sereno y frío como un analítico, y lo muestra á las multitudes, que, acaso, protestan indignadas de ver pendientes de la acerada pluma del escritor, la llaga que gangrena sus corazones, y también el sofisma que embrutece ó perturba sus cerebros.

He aquí por qué ha logrado dibujar con lápiz de maestro, cuanto ha logrado ver en sus frecuentes viajes por España.

Y he aquí también por qué, y debido á esa misma consecuencia consigo mismo que ya hemos mencionado y á la que nunca falta, no describe más que lo que ha visto, por lo que sus palabras, repetimos, tienen la fuerza incontrastable de la verdad.

Pero hay otra verdad, que es el reverso de la medalla de la anterior, y que Ugarte no ha podido describir, porque un capricho de la suerte le ha impedido verla. El ha respirado en España el ambiente neutro é incoloro de determinados círculos artísticos y literarios, donde el narcótico de la fantasía, enervando los nervios, atrofiando los músculos, exaltando los cerebros, crea una sociedad de soñadores é ilusos; y esto, lo mismo lo hallará mi querido amigo en Madrid, que en Lisboa, París ó Roma.

El ha cruzado por las ciudades españolas como el artista cruza por un museo; es decir, mirando solamente lo que se ostenta; y lo que se ostenta á la simple ojeada del observador en el museo humano de las sociedades latinas, desde el mar Tirreno hasta el Estrecho de Gibraltar, es lo que ambula, casi siempre sin objeto; lo que se mueve, generalmente sin un fin; lo que vive, sin que se halle en condiciones de justificar su derecho á la vida.

En ninguno de los dos órdenes, puede la honradez intelectual de mi talentoso amigo establecer distinción alguna entre la Puerta del Sol, la Plaza de España ó el Bulevar de la Magdalena.

Lo que, en ambos casos, dice de España, puede decirlo de toda la parte de Europa poblada por la raza latina: el papanatas, el vago, el tomador ó el fanático, se encuentra tan á gusto junto al Elíseo ó el Vaticano, como reclinado en una de las esquinas del Palacio de Oriente.

Pero hay en España algo que vale más que todo esto; mejor dicho, hay otra España, que es, precisamente, la que no ha podido ver el ilustrado escritor, debido á la índole de sus excursiones por nuestro pueblo; hay una España joven, sana, fuerte, activa y emprendedora, que no se ostenta en el arroyo, ni se envenena en la atmósfera del café, ni se enloquece en el deletéreo ambiente de las lizas literarias; una España que trabaja y produce mientras la otra sueña y consume; una España que, nacida de ayer; advenediza como quien dice, suplanta en el viejo suelo del Cid á los hidalgos de

capa remendada, y surge potente de las últimas catástrofes, para enseñar á sus hermanos el camino del porvenir, é impulsarlos por la misma senda por donde van las naciones civilizadas y grandes, y á cuyo lado ya camina.

Dentro de algunas semanas, mi querido amigo Ugarte, según promesa que, recientemente, me ha hecho por carta, vendrá á visitarme, y entonces, con verdadera alegría de mi parte, yo le mostraré esta nueva España, la España de la industria, del trabajo y del comercio y, siempre fiel á sus principios, sé que tendrá tan gran placer como noble orgullo, por esas mismas afinidades de sangre y amistad que él señala, en poner frente á su sombrío cuadro de hoy, el luminoso lienzo de mañana, bañado por la aurora de un pueblo que nace á la regeneración.

EL EDITOR

Judges 21

BINDING DEPT. JUN 16 1959

674835

Ugarte, Manuel
Enfermedades sociales.

HMod
U264en

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED